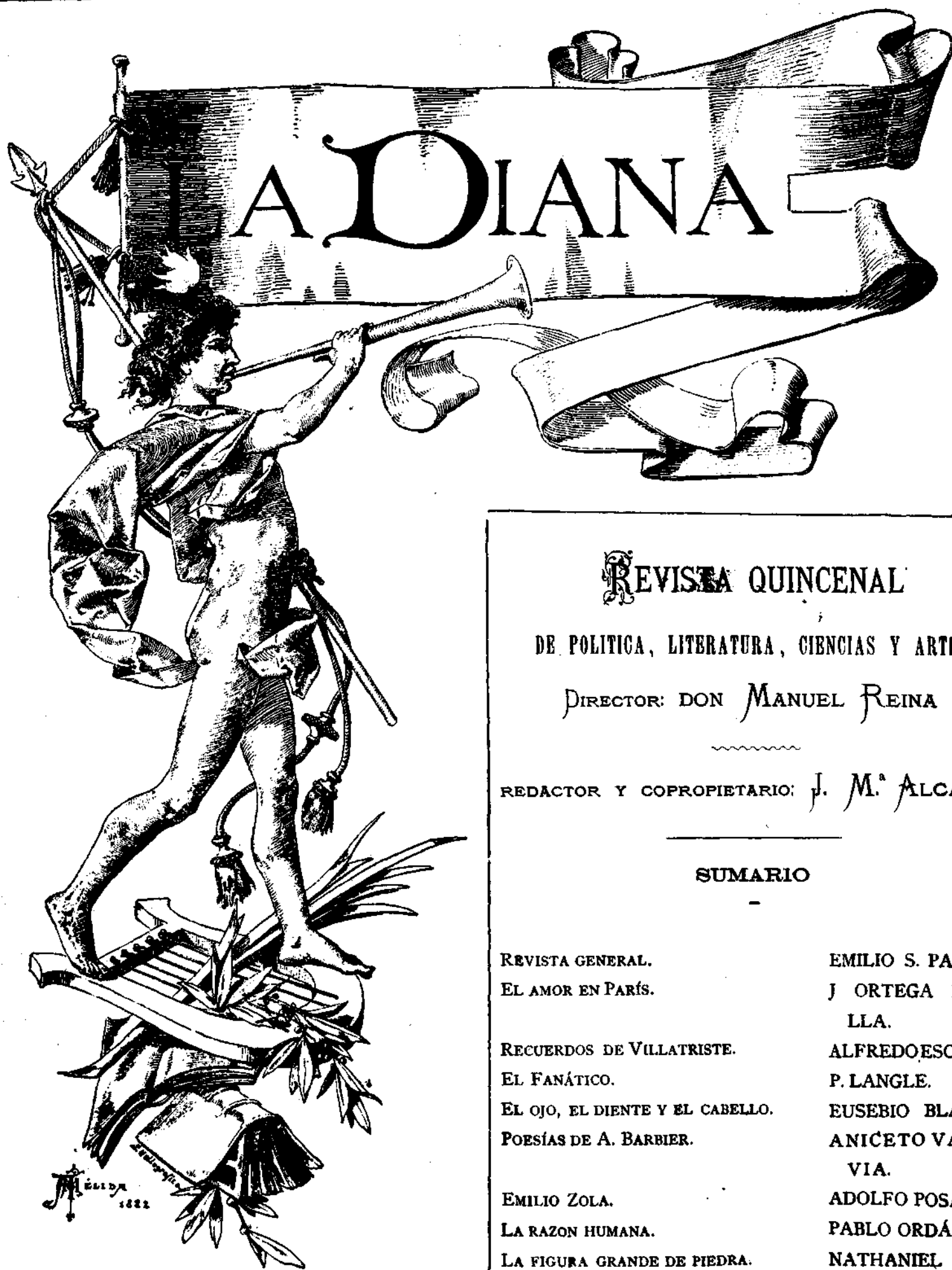




REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

DIRECTOR: DON MANUEL REINA

REDACTOR Y COPROPIETARIO: J. M.^a ALCALDE

SUMARIO

REVISTA GENERAL.
EL AMOR EN PARÍS.

RECUERDOS DE VILLATRISTE.
EL FANÁTICO.
EL OJO, EL DIENTE Y EL CABELLO.
POESÍAS DE A. BARBIER.

EMILIO ZOLA.
LA RAZON HUMANA.
LA FIGURA GRANDE DE PIEDRA.

EL ARCO IRIS.
BIBLIOGRAFÍA.
BOCETO.

EMILIO S. PASTOR.
J. ORTEGA MUNI-
LLA.
ALFREDO ESCOBAR
P. LANGLE.
EUSEBIO BLASCO.
ANICETO VALDI-
VIA.
ADOLFO POSADA.
PABLO ORDÁS.
NATHANIEL HAW-
TORNE.
F. DÍEZ DE TEJADA
MANUEL REINA.
J. M.^a ALCALDE

Administración: Plaza de la Independencia, 10, 3.º derecha.

REVISTA GENERAL

INTERIOR.—La impresión producida por los primeros descubrimientos de las sociedades secretas de Andalucía, se ha modificado bastante a pesar de los laudables esfuerzos de algunos corresponsales de Jerez para aumentar la gravedad de los acontecimientos. En los primeros instantes hubo confusión, no sólo en la prensa, sino en las mismas autoridades que juzgaron asociaciones ilícitas las federaciones locales de la internacional, que son sociedades públicas, y regidas por estatutos aprobados por los mismos gobernadores.

Las protestas de los internacionalistas de la *Revista Social* y en otra publicación de igual género, la declaración remitida al periódico *La Iberia* por la comisión federal de la región española y el meeting celebrado en Madrid el domingo 10 del corriente, han demostrado con bastante claridad que *La Mano Negra* podría ser hija legítima de la Internacional, porque los errores son casi siempre los padres de los crímenes, pero que no son ambas sociedades una misma cosa como al principio pudo creerse.

Natural era que así resultase al fin y al cabo, porque cuarenta mil obreros que pertenecen a la Asociación Internacional de trabajadores en toda España, no podían ser cuarenta mil criminales, aunque de entre ellos, y por efecto de la exaltación de las ideas, hayan nacido las asociaciones andaluzas combinadas con el bandolerismo, que tan fácil desarrollo halla siempre en aquella comarca.

El análisis de estas diferencias entre las asociaciones públicas y las secretas, ha disipado la alarma natural que producía el número de individuos que se reducían a prisión y las extensas ramificaciones que a *La Mano Negra* se le suponían, y ha servido también para definir claramente el deber de las autoridades, que puede resumirse en estas dos líneas:

Energía para el castigo del crimen.

Respeto para la libertad de asociación lícita, según lo establecido en el Código fundamental del Estado.

Encastillado el Gobierno en las leyes, y lleno de fe en los procedimientos liberales, ni tiene necesidad de acudir a los procedimientos extraordinarios, como algunos espíritus asustadizos aconsejan, ni tampoco puede entregarse a una indisculpable debilidad.

Bueno es confesar que la libertad ha hecho muchos progresos en nuestro país. En 1854 bastaron los incendios de Valladolid para provocar una reacción en la política; ahora, ante sucesos más graves que aquellos, nadie, ni los conservadores mismos, han creído que podría justificarse un paso atrás en la gobernación del Estado con la aparición de *La Mano Negra*.

De tal manera los principios del progreso van infiltrándose en las sociedades modernas y haciendo desaparecer los procedimientos del antiguo régimen!

La indemnización acordada a los súbditos franceses perjudicados por las guerras carlista y cantonal, y el proyecto de ley debatiendo los derechos arancelarios de algunas mercaderías, consideradas como primeras materias, han sido los asuntos que han dado interés a nuestra vida parlamentaria durante la última quincena.

Respecto de la primera de estas cuestiones, los conservadores han querido apurar todos los recursos para vencer al ministro de Estado y procurar su salida del Gabinete. Basta recordar lo que escribió la prensa conservadora a raíz de los acontecimientos de Saida para observar la contradicción en que han incurrido al combatir en destemplada forma el crédito acordado para los franceses perjudicados por nuestras guerras civiles. En los primeros momentos se pedían al ministro enérgicas reclamaciones; se llegó a solicitar la retirada del embajador de España en la república francesa; y apelando a un lenguaje fiero y lleno de baladronadas, se pretendía que, con altisonante forma, España demandara a Francia indemnización para las víctimas y hasta el castigo de los jefes del ejército francés que no habían sabido impedir las matanzas de Saida.

Pues bien; los que, con poco patriotismo, apelaban a patriotías de mal gusto para buscar rompimiento entre dos países amigos, ahora, cuando todo se ha resuelto satisfactoriamente, han empleado la argumentación contraria sólo por el gusto de mortificar al ministro de Estado y para demostrar que la negociación de Saida ha sido un fracaso.

La falta de costumbre que hay en nuestro país, por sus espaciales condiciones, para tratar estas cuestiones diplomáticas, puede servir de disculpa al tono que las oposiciones han adoptado al referirse a los asuntos de Saida, lo mismo al principio que al fin de la negociación.

Al principio todos los esfuerzos parecían dirigirse a soliviantar la opinión pública para procurar el enfriamiento de nuestras relaciones con una potencia amiga.

Al fin se ha pretendido demostrar que España ha sido vencida por esa misma potencia después de haber sido sus hijos las víctimas principales de las crueldades de Bou-Amema.

No se puede pedir más patriotismo a las oposiciones del que resulta de la campaña que acabamos de reseñar. Su falta de costumbre en estas cuestiones internacionales, como más arriba decimos, es la única disculpa que pueden tener los que subordinan materias de tal índole a la política de los partidos. En ningún país del mundo se tratan de esa manera cuestiones que afectan a la honra nacional, porque el fracaso en estos asuntos no sería el fracaso de un partido, sino el de la patria, como la gloria será entera para la patria y no para determinado Gobierno ni para determinada oposición.

Aunque en primera escala, algo de esto sucede en las materias arancelarias que ahora se están discutiendo en las Cámaras. El proyecto de ley rebajando los derechos de introducción para las primeras materias está sirviendo de bandera también a un partido para perjudicar al Gobierno. Este ha tenido el buen acuerdo de dejar libre la cuestión; pero los conservadores, lejos de aceptar este buen temperamento, se proponen impedir que el proyecto sea ley, apelando a los procedimientos obstruccionistas tan en moda últimamente en Francia, y haciendo una cuestión de partido de un punto en el que, como todos aquellos que se refieren a los intereses materiales del país, merece ser examinado con apartamiento absoluto de todo principio de escuela.

Restanos para terminar esta breve reseña de los más importantes sucesos de la quincena política, dedicar algunas líneas a la izquierda dinástica.

A esta agrupación le sucede lo peor que puede acontecer a un partido político; esto es, que pasa desapercibida en la marcha de los acontecimientos; sólo cuando celebra alguna reunión para dar fe de asistencia, recuerda la prensa la existencia de este grupo. Los mismos órganos de la izquierda no han vuelto a mencionar en sus columnas aquel grande ideal que juntó a los disidentes con los demócratas la Constitución de 1869. En los momentos actuales se acaba de nombrar un directorio compuesto de cinco individuos, que son los señores López Domínguez, Balaguer, Montero Ríos, Moret y Becerra.

El duque de la Torre, que propuso el nombramiento de esta junta en la reunión verificada el miércoles último, manifestó tal desaliento en sus palabras, que esto, y el anuncio de su marcha a Escanuela, ha hecho creer que aquellos cinco señores, en vez del directorio, son los testamentarios de la izquierda.

Gran campaña!

Nació la izquierda para hacer duro al partido liberal-dinástico y a la persona de su jefe, vivió sin presentar una sola reforma liberal en el Parlamento, y muere sin acabar de definir su programa.

Todo esto parece providencial.

* *

EXTERIOR.—Los descubrimientos de nuevos atentados contra el emperador de Rusia, han venido a indicar que el nihilismo no descansa un momento, y que a pesar de los ejemplares castigos que se han hecho en aquel país, la secta continúa ganando prosélitos y fraguando sus planes de destrucción. La policía rusa teme que las fiestas de la coronación del czar sirvan de motivo para que los nihilistas preparen algún nuevo plan, y se están adoptando todas las precauciones posibles para impedir nuevos atentados.

Después de la muerte del anterior emperador, pareció que el nihilismo descansaba, y hasta los más optimistas creían que la asociación estaba poco menos que deshecha; el descubrimiento de algunas minas de dinamita ha quitado todas las dudas; el nihilismo continúa su tarea aislado o con ramificaciones en todos los países de Europa, como con algún fundamento se cree.

Francia ha sentido ya los primeros chispazos del socialismo, bajo la forma moderna de anarquía y colectivismo. Las manifestaciones obreras verificadas hace pocos días contra la voluntad de las autoridades; los insultos dirigidos a estas por las turbas, y el apedreamiento de los carruajes, verificado todo en pleno día y a pesar de los medios de acción que un gobierno tiene, revelan un síntoma de enfermedad terrible, que es preciso prever con cautela y moderación, si no se quieren experimentar graves sufrimientos.

Para estos sucesos hay dos causas principales, que son las mismas que los determinan en casi todos los países.

La primera es la falta de trabajo que experimentan las clases obreras en París como en otras muchas partes.

La segunda es la instigación constante de los muchos retrógrados que no tienen en el estado actual de progreso de los pueblos otra esperanza para conseguir el triunfo de sus doctrinas más que la exageración de las aspiraciones del cuarto estado y el desorden social.

Juntos estos dos factores reproducen fácilmente acontecimientos como los de París; si continúan explotándose, no es dudoso el suponer que hemos de presenciar mayores y más lamentables desórdenes.

Cierto es que estos sucesos, como los de Irlanda y como los de Rusia, pueden estar dirigidos por un centro superior Europeo, cuyo poder se exagera bastante; pero aunque tengan esa íntima relación entre sí que se quiere suponer por algunos, aunque no sean hechos aislados, es lo cierto que la influencia de los partidos retrógrados se deja conocer claramente en esos movimientos. La captura de algunos redactores de periódicos imperialistas en los últimos sucesos de París, es una completa demostración del hecho.

De todos modos es preciso que los gobiernos vean esto con ánimo sereno, y que al rigor para castigar el crimen no acompañe el temor a los procedimientos liberales que es lo que principalmente hacen los instigadores de tales actos.

La cuestión social debe estudiarse al mismo tiempo en todas partes, porque las medidas que tiendan a borrar las causas del mal, deben ir unidas siempre al castigo de los culpables.

De este modo se podrá evitar que la enfermedad adquiera terribles proporciones; y fomentando la instrucción universal al mismo tiempo, el error dejará de producir el crimen, porque el error se disipa cualesquiera que sean sus proporciones, con el sólo influjo de la verdad.

EMILIO S. PASTOR

EL AMOR EN PARIS

(IMPRESIONES DEL DÍA PRIMERO DE 1882)

Unico día consagrado aquí a la familia, el calor de la vida no se reconcentra en el hogar. Estas inmensas avenidas, estos cauces anchurosos de la vida febril de un gran pueblo, tienen menos animación que de ordinario. La casa obra como un sifón sobre el boulevard: la mesa doméstica arrebatada su público a la *table d'hôte*. Sobre este caos de ideas disolventes se reconstituye por una hora no más la *domus*, con sus alegrías dulces, con su chimenea llena de leña bien encendida y chisporroteada con su escala de seres que empieza en el balbuceo del niño y acaba en el tembloroso hablar del abuelo. El marido infiel, la mujer adúltera, el hijo pródigo, olvidan un momento la dolorosa embriaguez en que hay un primer paso de placer y un galop irresistible de desventuras; se reúnen, se citan, se obsequian. El esposo lleva a su mujer un ramito de violetas de Niza. ¡Cuántos meses hace que no se unen aquellas dos manos! El haz de tallos de violetas les habla, sin duda, de la primavera, del amor en que una sonrisa hacía vibrar en su organismo nervios que parecen haberse hecho de plomo.

¡La primavera! Bien lejos estamos de ella. Se fué, llevándose de los árboles el color y dejando el dibujo de sus esqueletos negros. La Avenida de Bolonia está alfombrada de escarcha. Los cabellos de Marly se cubren con un caparazón de hielo que se agujerea aquí y allá asomando, bajo la corteza blanca, las manchas negras del bronce oxidado. Un sol triste luce allá arriba. Una victoria, arrastrada por un magnífico caballo, cruza rápidamente. Va en ella una mujer envuelta en pieles y terciopelo. Sólo se descubre su rostro, bien modelado, con largas líneas rectas de escultura ateniense, pero en que el afeite y el adobo han precozmente agostádola el cutis. Sus cabellos, teñidos de rojo, parecen arrancados a una peluca de *clown*. Lleva sobre el regazo un perrillo feísimo de lanas negras, abundantes, finas y esponjadas, bajo las cuales apenas se adivina el organismo de aquel ser ladrador. Es un ladrillo dentro de una enorme pelota de lana. Muchos de los ilustres caballeros que pasan en sus caballos trotando cerca de esa mujer, la saludan con oficiosa cortesía. Un carruaje de ministro deja caer su vidriera para que una mano ministerial enguantada haga un gesto de afectuosa amistad: un pelotón de gente del pueblo aquí, uno de burgueses más allá, en este lado unos cuantos alumnos de la Escuela de Saint-Cyr..... se detienen para ver pasar a esa mujer.

¿Quién es?

Mujeres mucho más guapas pasan por allí mismo inadvertidas. Una reina y un presidente de república acaban de cruzar las Avenidas en sus carruajes sin excitar curiosidad, admiración ni envidia.

¿Quién es esa mujer?

No es una artista egregia; no es una aristócrata de ninguno de los tres consabidos linajes de letras, política y banca. No tiene título jerárquico, ni árbol heráldico, ni mérito alguno.

Es Malaga Duval. ¡Malaga! Este nombre nos habla del oriental color de un cielo adorado, de palmeras que agitan sus abanicos verdes no lejos de los encordados mástiles de cien laúdes y místicos, de una copa llena de cierto licor que endulza los labios y embriaga el cerebro, de un rincón del mundo, patria de la gracia. Si España fuese un rostro, Malaga sería el lunar medio escondido en la comisura de los labios. Esta mujer con nombre de ciudad se pronuncia bárbaramente cargando el acento en la segunda *a*. Tal acento borra de nuestra imaginación todas esas patrias perspectivas. Malaga se ha extranjerizado.

¡Duval! Es el apellido cursi por excelencia, el Pérez, el Gómez, el López de España. Duval hace pensar en un conserje de la *rue du Bac*. Llamarle Malaga Duval, es ser una ordinaria hija de una portera.

Y lo es en efecto. Tiene razón Balzac cuando dice que el nombre es la persona.

Seguid conmigo la carrera de esa mujer.

A los quince años barría la escalera de su casa. Era una preciosa criatura que conservaba aún en su carita esa pelusa primaveral que tienen las frutas no tocadas.

A los veinte años poseía un hotel en los Campos Elíseos, con su suizo vestido de pieles en el peristilo, con su *Maitre d'hôtel* en el comedor; con su tronquista inglés en las cocheras; con su guardajoyas lleno de piedras preciosas. ¡Margarita alucinada por unas cuantas joyas! Malaga se reta grandemente de la rubia hija de Goethe. Ella conocía tan bien como un lapidario el valor de sus alhajas. Sabía que Crespo, para hacerse amar de ella, se había convertido en brillante.

Fué, durante los diez años últimos, un álbum vivo de caprichos ilustres. Su amor daba derecho, a un día, a la popularidad de los clubs y de la prensa mundana.

París está postrado ante ella. Esta enorme ciudad, que empieza en el barro negro del faubourg San Antonio y acaba en los brillantes de Fleurieu, es un gran corazón lleno de caprichos. Aplasta lo sublime y ensalza lo ridículo; rechaza a Gayarre porque no quiere cantar en francés, y aplaude a Capoul porque sabe cantar en falsete; silba a *Daniel Rochat*, y asiste quinientas noches seguidas a la *Mascotte*; apedrea a las Hermanas de los Pobres en Caumartin y delira por Malaga Duval.

Pero Malaga Duval tiene *sprit*. Esta es la gran fuerza de París; el talismán sintético de todo poder. Llega un mendigo a las puertas de París: dice al oído del que tiene el cerrojo una palabra, y el guardián, echándose a reír, le deja pasar. Llega a la redacción del *Figaro*, habla un momento al oído con Magnard, y Magnard, desternillándose de ri-

sa, le permite entrar en su redacción, que es el olimpo de París. Llega a la puerta de la cámara, a la del ministerio, a la del Elíseo, y en todas partes encuentra la misma acogida. ¿Qué palabra misteriosa es esa que ha pronunciado? Esta: *sprit*.

Pues bien: Malaga Duval tiene *sprit*. No es la gracia andaluza ni la inglesa: es un chiste malsano, ponzoñoso, que se clava en la carne, y se queda allí vibrando y doliendo. A un razonamiento serio, a un argumento honrado, a una excusa de dignidad, a una censura de conciencia, se responde con un puñado de esos pequeños dardos que ciegan, hieren y desconciertan.

Malaga Duval es el símbolo del amor en París, un ejemplo vivo de conducta, un arte de triunfo, encuadrado lujosamente en piel y raso. Las hijas de los porteros sueñan con Malaga Duval. Se les aparece como una hada, pisando un salón de oro y pedrería, echando con sus labios y sus dedos, al aire, besos que se convierten en globos de luz al flotar en lo azul.

El año 81 ha habido en París dieciséis mil matrimonios menos que en el año 80. ¿En qué consiste eso?.... ¡No os devanéis los sesos, moralistas! Consiste en Malaga Duval.

Mr. Pasteur, el gran observador del microscopio, ha descubierto en el nervio de un panadero el *vibrion*, bichillo infusorio que en un cuarto de segundo se reproduce veinte veces. Malaga Duval es el *vibrion*. Se produjo por generación espontánea en el corazón de París. Se reprodujo prodigiosamente. Hoy llena todo el corazón.

La hija del portero no se casa, porque el marido la ofrece una vida pobre, llena de vigiliadas, de ayuno, de calcetas agujereadas, de penas maternales, de los desconsuelos de la carencia de oro. Y en cambio, el amante, de la abundancia, el carruaje, el hotel, y despegga el corazón de toda adherencia dolorosa a los demás seres.

Esta mañana he dado una gran vuelta por los boulevares exteriores: he visto un hormigueo de jovencillas que iban a las escuelas, que vendían frutas y legumbres, que tiraban de carretillas, que barriaban las tiendas, que arreglaban los escaparates, que leían periódicos, que subían a la imperial de los ómnibus..... ¡Malagas Duval del porvenir! ¡Cadetes de la academia de Venus!

La hija del portero de París no tiene otra adoración religiosa que el fetichismo. Su fetiche es Malaga.

¡Dios nos conserve nuestros malos gobiernos, nuestra pobre literatura, nuestros pésimos actores, nuestra administración desorganizada..... si a cambio de esto hemos de tener el amor de nuestras mujeres, la vida de nuestros sacrificios desinteresados del hogar, el sillón venerable del abuelo, la pobreza resignada y la mesa tranquila, y el dulce, aunque escaso, pan del pobre! Dejenos la civilización en el santo error de que las patatas cocidas por nuestras mujeres son más sabrosas que las trufas del cocinero de Malaga Duval.

J. ORTEGA MUNILLA

RECUERDOS DE VILLATRISTE

¡Qué si la amaba, cuando la estaba todo el día haciendo versos!....

¡Ah, Guillermina, Guillermina! ¡Cómo olvidar aquella tez fresca y hermosa y aquellos ojos negros por los que se escapaba el fuego de su alma, y aquella suave cabellera, que caía en desorden sobre su cuello de cisne, y aquel talle esbelto, que hacía zumbir de envidia a las abejas!....

El tren volaba, volaba y no acababa nunca de llegar..... Pero al fin llegó. ¿Quién me lo dijo si yo no había estado nunca en Villatriste?.... No lo sé..... Llegué a aquella estación cuyo nombre ignoro, y cómo había de ser de otra manera, si el recuerdo de Guillermina ocupaba entero mi memoria?

Luego anduve largo trecho por el polvoriento camino a través de ricos viñedos y de frondosos olivares, y al caer de la tarde llegué a Villatriste, donde salió a recibirme tu anciano padre, cubierta la cabeza con el blanco sombrero de anchas alas y apoyándose en el nudoso bastón.

—Bien venido,—me dijo con una voz aunque grave, fresca todavía, estrechándome la mano.

Tú me me diste la tuya también, mano que yo estreché entre las dos mías con tanto fuego, que tú la retiraste sorprendida.....

La tía Mariquilla, salió asimismo, con su pañuelo azul a la cabeza, y me pidió noticias de los míos; y Turco, el perro más fiel de todos los alrededores, casi me derribó al querer colocar sobre mis hombros sus patas delanteras.

Pero ya apenas me acuerdo de todo eso a través de la neblina de los años.

¡Qué sorpresa cuando, después de cenar, entré en la habitación que me tenían preparada! Por ue, ¿quién sino tú hubiera podido preparar aquel cuarto tan encantador? Rodeaba la pililla del agua bendita linda guirnalda de frescas flores; habías deshecho mi maleta y colocado su contenido cuidadosamente en la alhacena que existía empo-

trada en la pared; habías arrimado el cómodo sillón á los piés de la cama; habías transformado aquel cuarto, antes deshabitado y triste, en delicioso nido, donde pasé tantas noches soñando....

Aún no había salido el sol cuando, á la mañana siguiente, me fui á la galería y me puse á esperar tras los cristales.... ¿el qué? verte pasear por el jardín. Pero tú no bajabas. ¡Ah, Guillermina! ¿Cómo podías dormir mientras yo te estaba esperando?

El relente de la mañana había empañado los cristales, y el dedo fué trazando sobre aquella confusa página, que transparentaba los verdos del campo y las claridades del cielo, un *Guillermina, ¿me quieres?* que al poco rato me pareció ver borrado por el aliento.

Pero ¿qué me importaba ya todo lo del mundo, si acababas de aparecer en el jardín, seguida de un criado que venía á preparar, en rústica mesa, el matinal desayuno?

Corrí á tu encuentro, y antes de que nadie bajara ya te había yo enterado de todos mis proyectos; ya te había dicho la buena impresión que Villatríste me causara, lo contento que estaba por la caírfiosa acogida de tu buen padre.... todo, menos que te quería.... Eso, ¿mo lo debías tú adivinar?

Por la tarde engancharon la jaca *Chula* en el carrito; tomaste tú las riendas; tomé yo asiento á tu lado, y sin parar mientes en que tu padre apenas podía seguirnos, emprendimos el camino de la gruta que lleva tu nombre, á través de sendas abiertas en el bosque de pinos, y que tú también conocías: y en medio de aquella soledad, yo no acertaba á decirte nada.

Nos bajamos del carrito y nos sentamos sobre el tronco caído de un árbol, aguardando allí la llegada de tu padre.

Respirando el embalsado ambiente de aquel bosque de pinos, se me antojaba que nacían en mi pecho sentimientos más nobles; creía quererte más, y de ningún modo me hubiera atrevido á decirte bajo aquella bóveda de ramaje, por la que se filtraban indiscretos mil hilos de luz, las vulgares frases que en otras partes tanto te había repetido.... Yo hubiera querido que tu padre no llegara nunca. ¡Me sentía tan feliz contemplándote á mi lado!....

Pero llegó tu padre, sofocado, limpiándose con el amplio pañuelo de seda las gotas de sudor que corían por su frente, y gritando desde lejos:

—¡Ah, bribones, cómo me habéis hecho correr!

Entonces te lanzaste á su cuello, llenándole de caricias y ayudándole á limpiarse la frente.... Mientras tanto, la jaca hacía sonar sus alegres cascabeles, rumiando las hierbas que crecían entre los pinos....

¿Por qué me acuerdo de aquella tarde tan parecida á tantas otras que pasé después á tu lado? Quizás porque fué la que precedió á mi ventura....

Llegamos á la *Gruta de Guillermina*, en la que nos hiciste los honores como verdadera dueña, llenándonos de nardos el ojal de la levita y la cinta del sombrero, y haciéndonos probar el agua cristalina que brota junto á una peña vestida de madreselva y margaritas que hay á poco trecho.

Volvimos cansados de nuestra excursión; nos aguardaba la cena; mi sitio en el comedor era junto á tí....

Y luego que nos hubiste servido el aromático café, te sentaste al piano, y se oyó así como una melodía de ángeles; sonidos que se parecían más á cantos de pájaros y al murmullo del manantial de la *Gruta* que á simples notas....

Con una música parecida debían atraer las sirenas á los navegantes allá en las edades mitológicas.

¿Te acuerdas? Después nos contó tu padre las hazañas de su juventud; pero nosotros no le escuchábamos, porque estábamos sosteniendo una muda conversación con los ojos....

En uno de los momentos de mayor inspiración dió un soberbio puñetazo sobre la mesa, y *Turco*, que estaba tumbado á sus piés, se despertó asustado y comenzó á ladrar. Y porque nos echamos á reír se puso tu padre de mal humor.

Dieron los once en el antiguo reloj de tallada caja que en un rincón movía su péndola de plomo un siglo hacía; tú me acompañaste hasta mi cuarto, me diste las buenas noches, y me dejaste solo; poco tardé en desnudarme, en apagar la luz y en ponerme á soñar.

Cuando me desperté á la mañana siguiente, reía en las ventanas el sol. Corrí apresurado hacia la galería, para ver si estabas en el jardín. La diferencia de temperatura entre el campo y la habitación había empañado los cristales, dejando escrito aquel indiscreto: *Guillermina, ¿me quieres?* que mi mano febril trazó la mañana anterior.

Pero no era esta frase, que tenía por fondo el azul del cielo, lo que me hizo lanzar un grito de alegría; era que debajo, y escrito con letras menuditas leyeran mis ojos: *Sí*.

¿Le habría puesto la mano de mi dulce Guillermina? ¿No sería una burla cruel de cualquiera de los servidores de la casa?

¿Habría bajado aquella mañana Guillermina á esperarme en el jardín, y al aproximarse al balcón, tropezarían sus ojos en la frase trazada casi involuntariamente sobre el cristal?

¿Qué hacer?—pensaría.—¿borrarla? Eso era una crueldad, y Guillermina no era cruel.... Miraría si nadie podía verla, y trazaría aquel *sí* delicioso, huyendo después avergonzada como si acabara de cometer una mala acción.

¿Adiviné? Nunca lo pude averiguar. A los pocos días me llamaron á Madrid las ocupaciones del que sólo cuenta para vivir con su trabajo. Pero antes me repitieron muchas veces sus ojos lo que se empeñaban en negar sus labios....

¡Felices los que no se han despedido nunca!

Estos ignoran lo que es esa brutal separación de un cuerpo que se va y un alma que se queda....

Me esperaba el carrito á la puerta.... Conté los minutos que me separaban de la hora de la despedida. Parecía que la aguja del reloj tenía vértigo.... Guillermina me llenó los bolsillos de frutas, y corrió al jardín á cortar para mí las últimas flores....

Era tarde y había que partir.... sin deslizar á su oído siquiera una última frase.... La estreché las dos manos á un tiempo, y subí en el carrito que empezó á rodar.... Guillermina permaneció de pie junto á la puerta de la casa, saludándome con la mano.... Antes de salir de Villatríste inclinó un almendro su copa, rociando el carrito de flores.... ¿Cumpliría algún secreto encargo de su dueña? ... Era la hora de las grandes tristezas.... la caída de la tarde.... También se despedía de la tierra el sol....

Después.... después.... ¡Ah, Guillermina, cómo me has podido olvidar!....

ALFREDO ESCOBAR

EL FANÁTICO

(FRAGMENTOS DE UN DRAMA INÉDITO)

ACTO PRIMERO

ESCENA I

MAGDALENA Y AURORA

MAGDALENA. Ya ves que son mis temores fundados; no es que deseo empañar con negras nubes de tu dicha el puro cielo. Es que importunan al alma amargos presentimientos de dolor; tristes presagios de infortunios; que preveo en ese amor, hija mía, catástrofes, llanto y duelo.

AURORA. ¡Ah, por piedad!.... Es mi padre, y no desoiré mis ruegos; bajo la tenaz firmeza de su carácter severo, dulce raudal de ternura guarda en el fondo del pecho; y al evocar su cariño con mi voz, ¿cómo á sus ecos no ha de responder el alma de mi padre, que es tan bueno?

MAGDALENA. Dices bien; tan bueno, Aurora, que hacienda, vida y sosiego sacrificara á tu dicha, si esta lo exigiera un tiempo; pero también, no lo dudes, si cifras tu loco empeño en que tolere la duda su fe profunda, es de aquellos que antes prefieren la muerte que transigir con funestos errores.

AURORA. ¡No hay esperanzas!

MAGDALENA. ¡La religión es primero!

AURORA. Mi religión es amar;
Dios es bondad y consuelo,
y no rencor implacable
fruto del mal y el infierno.....

¿Qué me decís?

MAGDALENA. Que tu primo
milita en el bando herético
de la impiedad; que tu alma
corre de perderse riesgo
con esa unión, y que debes
darlo al olvido.

AURORA. No puedo;
por él alienta mi espíritu,
siempre de su amor sediento;
amor murmura á mi oído
el soberano concierto
del mundo; y en todas partes,
lo mismo entre el loco estruendo
de la gente, que ante el ara
santa y augusta del templo,
me persigue sin descanso
su amor; y grabada llevo
la imagen de mi Fernando
del corazón en el centro.
Aquí su morada tiene,
aquí su nombre vá impreso,
y al intentar arrancarlo,
saltará, pedazos hecho.

MAGDALENA. ¡Aurora!

Madre.....

MAGDALENA. Parece
que presa de extraño vértigo
tu mente febril, se turba
y alucina tu cerebro.
¡Qué delirio!

AURORA. ¡Os asomasteis
al volcán, y veis el fuego!

MAGDALENA. ¿Y él te dice?.....

AURORA. ¡Que me adora
con entusiasmo frenético!

MAGDALENA. ¿Y no ves?..... ¡Pero el amor
qué ha de ver, si el pobre es ciego!
Bien, Aurora; yo he cumplido
mi deber; de mis consejos
te apartas, y ciega avanzas
por torcidos derroteros.
¡Ojalá que á tiempo acudas
y al mal encuentres remedio!
¡Plegue al cielo me equivoque!

AURORA. ¡Dios lo quiera!

MAGDALENA. ¡No lo espero!

ESCENA II

D. PABLO y CARLOS

D. PABLO. ¡Crítica edad, hijo mío,
la nuestra! ¡Miseros tiempos!
El error y la verdad
batallan en campo abierto;
la lucha es ruda y á muerte,
feroz y terrible el reto;
¡menguado aquel que vacile!
¡maldición sobre el protervo!.....

¡Somos libres! ¿Quién lo duda?

¡Soberanos! ¿Ya lo creo!

¡La religión!..... ¿Y qué importa?

¡Dios!..... ¿Para qué le queremos?.....

¡Ah, miserables! No en vano

la guerra estalla en los pueblos;

¡cuando calla la conciencia,

sólo debe hablar el hierro!

¿Para el mal queréis franquicias

libertades y derechos?

¡Los quemaron las ardientes

llamaradas del incendio!

¡Sí, sí! ¡Matanza, exterminio,

desolación, sangre y fuego!

¿Hay un hereje? ¡A la hoguera!

¿Hay un traidor? ¡Al tormento!

¡Fuera piedad; quede limpia

la tierra de inmundo cieno,

y que caiga el anatema

sobre la frente del réprobo!....

¡Carlos!

Padre.....

CARLOS.
D. PABLO.

¿No respondes?

CARLOS. Os escuchaba en silencio;
que la admiración, si es mucha,
á la lengua pone freno.

D. PABLO. Pues oye, y habla. La santa
religión de nuestros deudos,
por la impiedad combatida
sufre martirio.

CARLOS. (Te veo.)

D. PABLO. Arde la guerra en el Norte,
el encono va en aumento,
crece la saña, y se lucha
mano á mano y cuerpo á cuerpo.

CARLOS. Es verdad; pero ¿qué hacerle?

D. PABLO. ¡Cómo! ¿quizás cruzaremos
los brazos ante el peligro?

¿Quién lo piensa?

CARLOS. (Yo lo pienso.)

D. PABLO. ¡Oh, jamás! La fe reclama
el concurso de los buenos;
¿podrás negarle tu ayuda?

Habla, Carlos; habla presto.

CARLOS. Padre, calmaos; que á impulsos
de exaltados sentimientos,
vuestra mente se acalora

y.....

D. PABLO. ¡Basta ya!

CARLOS. Yo me debo
á la familia; en la guerra
mi porvenir comprometo,
y no es justo.....

D. PABLO. La paciencia
me falta; Carlos, primero
que la vida, antes que nada,
es Dios; por su fe debemos
sacrificar la existencia,
lanzar el último aliento.
Cuando en tramas infernales
el hombre, torpe y soberbio,
quiere usurpar sus poderes
y negarle acatamiento;
cuando airado se rebela,
y en horribles sacrilegios
rompe los santos altares,
cierra los sagrados templos,
y profana las imágenes
y asalta los monasterios,
¿qué merece tanta infamia?

CARLOS. No destrucción; buen ejemplo.

D. PABLO. ¡Bah! ¿Piden guerra? ¿Pues guerra!

CARLOS. ¡No!

D. PABLO. ¿Piden fuego? ¿Pues fuego!

CARLOS. La mansedumbre en las obras,
la caridad, los austeros
principios de la virtud
y del amor evangélico,
convierten á los infieles,
dan luz al entendimiento,
llegan al alma, y disipan
los errores del perverso.....
Además ¿por qué ocultarlo?
esas luchas de otros tiempos.....

D. PABLO. ¡Carlos!

CARLOS. Han pasado.

D. PABLO. ¡Calla,

que ya de mí no soy dueño!

¿Tú también, y eres mi hijo?

¡Si hablas así, qué has de serlo!

Y si niegas que aún existan

varones probos y rectos,

que al culto de lo divino

sacrifiquen lo terreno,

y con firme voluntad

y ánimo fuerte y enérgico,

por la fe de sus mayores

rompan humanos afectos,

y del mundo se desliguen,

si es preciso, por el cielo;

figuras de otras edades

según dicen los incrédulos,

caducos oscurantistas,

de épocas pasadas restos,

irrisión de los espíritus

filosóficos y ateos,

mira, Carlos, á tu padre,

que al par humilde y severo,

es un hombre de otros siglos,

un fanático moderno,

que maldice de su época,

y reniega de su tiempo!

Y es en balde que pretendas
disuadirme; vano empeño:
¿auxilios la fe demanda?
¡pues á dárseles muy luego!
¿Qué deseáis?

CARLOS.
D. PABLO.

Que en la guerra
de honor ocupes un puesto;
que luches con valentía
por la fe; que como bueno
inmortalices tu nombre,
arrojado, audaz é intrépido;
que el peligro no rehuyas,
y, Carlos, que vivo ó muerto,
de la gloria de los héroes
alcances el alto premio.

CARLOS.
D. PABLO.

¡Cara gloria, por mi vida!
Soy tu padre: yo lo ordeno.

P. LANGLE.

EL OJO, EL DIENTE Y EL CABELLO

APUNTES COGIDOS AL VUELO

I

María.....—me conviene llamarla así, porque éste es un nombre á la vez vulgar y bello—María había vuelto del baile, y arrojaba sobre su tocador, sobre las sillas, sobre la alfombra, sobre todas partes, a'lor-nos, flores, brillantes, lazos, cintas, guantes, pañuelo, todo, en fin, lo que la había transfigurado para ir á escuchar elogios y galanterías..... ¡qué no había oído!

Y María se miraba en el ancho espejo de su armario, ¡y se detestaba!

¡Ella, que en otros tiempos había sido la reina de los salones!

¡Ella, que había trastornado las cabezas más firmes de España!

¡Ella, que había tenido el inmenso placer de derrotar á casi todas sus amigas!

Pero ¡ah! también Napoleón tuvo su Waterloo. 'Todo pasa', decía Santa Teresa de Jesús, santa y sabia. ¡Todo pasa! Sólo Dios es eterno.

María volvía de un baile que todavía no se había acabado. Y esta ex hermosura, perdonó con gusto el *cotillón*, porque.....

Da pena decirlo. Aquella noche no le habían dicho flores.

Si una madre pudiera sentir tener hijos, María hubiera sentido aquella noche con toda su alma el nacimiento de su último vástago, un hermosísimo *rejeton* que en aquella misma noche cumplía cuatro meses.

¡Ay! Es que en aquellos cuatro meses, María, que (y permítame el lector que lo diga en voz muy baja, porque esto es peligroso), María, que tenía ya treinta y nueve años, había sufrido en el sobrepardo (palabra *cursi*, ordinaria, repugnante y de malísimo tono) todo género de dolores y toda clase de quebrantos.

Pero venció. La naturaleza era fuerte, la voluntad poderosa, la impaciencia grande.....

Y acabada la convalecencia, María ¡oh dicha! recibió una tarjeta grande, cartón Bristol, en la que se leían estas palabras:

LOS MARQUESSES DE***

AGRADECERÁN Á USTED LES ACOMPAÑE Á TOMAR EL TE EN LA NOCHE
DEL JUEVES, Á LAS NUEVE

El te era el pretexto para el baile. El te lo cubre todo, lo acepta todo, lo arrostra todo. El te es el procurador general de todas las diversiones nocturnas. ¡Oh te! ¡Yo te saludo! ¡*Saludamus te!*

María sabía muy bien (esto no se ignora) que su último..... *accouchement* (y lo digo en francés porque parezca más bonito) la había *estropeado*, según decían sus amigas á espaldas de ella, ó la había variado un poco, según ella decía.

Pero el arte ha logrado imitar de tal manera á la naturaleza, que María sonrió al leer la invitación, y pensó (lo sé de buena tinta):

—¡Esta noche volveré á ser la misma de siempre!

Cuatro horas duró la *toilette* de mi querida amiga. Acabó de comer á las ocho; se precipitó en su tocador como el soldado que al oír el punto de atención se precipita en la tienda y busca apresuradamente

sus armas para salir á formar sin perder momento..... Eran las doce cuando salía, hermosa, deslumbradora, *splendide*, digna del primer premio en la exposición de pinturas.

Su marido había venido de la oficina á las cinco.

Su marido..... ¿no habíamos hablado de su marido? había jugado con sus chicos por los pasillos de la casa hasta las seis y media; se había sentado á comer á las siete; había tomado el café á las ocho, y estuvo vestido á las nueve.

Su pantalón era un poco corto; el frac estaba arrugado por una manga; la pechera llena de jorobas; el cuello un si es no es desfilachado, y la corbata blanca huyendo hacia la izquierda; pero la verdad es que aquel hombre se había vestido de prisa, y tenía ya los guantes puestos, que eran, por cierto, un poco grandes. No tuvo ni que peinar-se, porque era calvo á todo lujo.

Esperaba, y esperaba sentado. Sentado en un diván, puesta una pierna sobre la otra, las dos manos cruzadas abrazando la pierna de encima, y la cabeza caída atrás y recostada sobre el almohadón del respaldo, el marido miraba al techo y pensaba:

¿A qué hora *esta* pensará salir?

Salió por fin la encantadora mujer, y el marido..... no, se ha equivocado usted; ¿creía usted que se quedó aterrado, confundido ante aquellos hombros desnudos que no tuvo Friné, ante aquella espalda mórbida que no tuvo Lais, ante aquellos brazos que Ninon hubiera envidiado de seguro? ¿Creía usted que dijo el primer elogio de todos los que aquella noche debía oír María?

¡No! Yo soy imparcial; no dijo más que estas palabras:

—¡Gracias á Dios! ¡Vamos, anda, anda!

Y los criados que iban abriendo puertas, por las que María iba pasando como una sombra, como una aparición de la noche, dejando oír el *frou-frou* del crujiente raso, mientras el marido metía á duras penas los brazos por las mangas de un gabán peludo, murmuraban con cierto acento de amargura:

—¡Qué ajada está la señorita!

—¡Qué variada está!

—¡Cómo se ha pintado!

Eran las doce. A las dos ya el matrimonio estaba de vuelta. El marido se desnudó en cinco minutos; se ató un pañuelo de seda á la cabeza, y así, vestido de valenciano, se metió en la cama y se quedó dormido. ¡Roncaba! ¡Ah, señor mío!

María, ya os lo he dicho, arrojó con rabia todos aquellos preciosos adornos, se miró al espejo; se sentó en la butaca, pasó una hora mirando al suelo..... ¡y lloró!

Y era un extraño concierto, una música del porvenir, pero de un porvenir fatal, la que formaban entremezclados los sollozos y los ronquidos.

Por fin, María se rindió al sueño. Se acostó y durmió. El sueño es un amigo. Consuela muchas penas.

II

Pero aunque dormía..... no dormía del todo. Mejor dicho; había en ella algo que no dormía..... es..... quiero decir..... lo diré de otro modo. ¿Por qué he de renunciar á mi papel de cronista? Con referir lisa y llanamente lo que pasó, saldré airoso del paso.

En aquella cabeza que, hundida en la almohada, descansaba de los recuerdos nefandos de la *soirée*, mantenían conversación *sotto voce* un diente temblón, un ojo entornado y un cabello inseguro.

Era una escena que, en mi calidad de autor dramático, voy á trasladar al papel en la misma forma de las comedias.

Así, pues, oigamos á los interlocutores. Ellos hablarán con más sinceridad que yo mismo.

EL OJO

Mientras María pretende descansar de las fatigas del baile, y sueña ¡infeliz! con su primer desengaño inesperado, lloremos sus penas, ¡ay! y las nuestras. ¡Pobre María!

EL DIENTE

¡Pobrecilla!

EL CABELLO

¡Pobre!

EL OJO

María es una de las primeras bellezas de Madrid, ¡donde hay tantas! Los hombres le rinden culto, las mujeres envidian sus atractivos; fuerza es reconocer en ella una de las favoritas de la moda, y uno de los prodigios más celebres de su generación.

EL DIENTE

¿De qué generación?

EL OJO

¡Silencio! Vedla como se agita.

EL CABELLO

Ha hecho un movimiento y ha lanzado un suspiro ¡Sufrir! Sufrirá desde hoy constantemente, y yo sé por qué: yo estoy en el secreto.

EL DIENTE

Y yo.

EL OJO

¡Anch'io!

EL CABELLO

¡Desde hoy observará que en los jarrones de su tocador no aparecerán aquellos preciosos *bouquets* que una mano furtiva depositaba, haciendo reír al marido, á quien le era tan fácil creer que los compraba la cocinera!

EL DIENTE

¡Desde hoy observará que sus amigos, en lugar de venir á verla en los días de trabajo para los empleados públicos, vendrán en domingo, sin temor ninguno de hallar al marido en la casa!

EL OJO

¡Desde hoy observará que *los muchachos* en lugar de ser galantes, no serán más que cortesés!

EL DIENTE

Y yo tengo la culpa.

EL OJO

No, ¡yo!

EL CABELLO

¡Oh, no! La culpa es mía.

EL OJO

Es que yo me he puesto encarnado.

EL DIENTE

Es que yo me he puesto amarillo.

EL CABELLO

¡Ay, y yo..... blanco!

EL OJO

¡Sol! ¡Lucero! ¡Brillante! Todo esto era yo ayer. ¡Cuántos versos me han hecho! ¡Cuántas flores me han dicho! ¡Yo deslumbraba, yo fascinaba, yo enloquecía! Un ángel, según la opinión de un poeta, venía á cerrar mis pupilas; un ángel venía á entreabrir las por la mañana.

EL DIENTE

¡Perla! ¡Marfil! ¡Nácar! Todo esto me han llamado á mí, á mí solo, ¡y éramos treinta y dos iguales! ¿Qué no habrán dicho de todos nosotros juntos!

EL CABELLO

Lluvia de oro era yo, según los aduladores de esta señora mía; ¡seda finísima, diadema esplendorosa, ya cabellera, ya bucle, ya rizo!

EL OJO

Pero ahora, ya he oído decir que tengo la *pata de gallo*.

EL DIENTE

Yo tiemblo á mi pesar de que me sustituyan con otro nuevo.

EL CABELLO

¡Yo estoy embadurnado, desfigurado, teñido! ¡Qué asco! Hasta de sexo he cambiado. ¡Fuí cabello y soy cana! ¡Me han asociado á pelos advenedizos, de persona muerta, sin duda! ¡Reniego, amén, de mis convecinos postizos!

EL OJO

¡Reniego yo de la horquilla candente impregnada de negro, con la que me alargan todas las noches antes de ir al teatro!

EL DIENTE

¡Reniego de Makean, de Thomas y del agua de Pierre!

EL OJO

Estoy humillado. ¡Ya sé cómo se llora!

EL DIENTE

¡Estoy picado! ¡La caries me consume!

EL CABELLO

¡Quitadme esas aguas, esos elixires, esos corrosivos! ¡Antes que ver declinar así mi vida miserable, yo hubiera preferido formar parte de aquel mechón que María le regaló al coronel que partió para Cuba! ¡Ahora estaría yo encerrado en un medallón de oro; viviría al calor del pecho del amante..... recibiría tal vez sus besos!.... ¡Pero aquí! ¡Aquí me arrancarán de un tirón una noche, y me barrerán una mañana!

EL OJO

Mi porvenir es mirar al suelo.

EL DIENTE

¡Presiento el *caoutchouc*, veo la llave inglesa!

EL OJO

¡Hablad, hombres, hablad! ¿Estáis contentos? Ayer os arrojabais á los pies de María, sufríais sus desdenes, padecíais de celos, moríais de sed..... nosotros fuimos sus cómplices, ¡pero hoy somos vuestros vengadores!

EL CABELLO

¡Venid, mujeres! ¿No la envidiabais? ¿No os irritaba su belleza siempre igual, siempre atractiva? ¡Venid aquí, á la soledad, y vedme que ya estoy casi solo en la calva cabeza!

EL DIENTE

La ex diosa se agita de nuevo. Va á despertarse.

EL CABELLO

Ha pensado tanto esta noche, que mi raíz se seca.

EL OJO

Lloré tanto al volver, que estoy desfigurado.

EL DIENTE

Ha rechinado los dientes y me he resentido.

LOS TRES

¡Se despierta! ¡Cuán otra!

EL OJO

Yo me apago. ¡Adiós, María!

EL DIENTE

Yo tiemblo. ¡Adiós desdichada!

EL CABELLO

Yo me caigo. ¡Adiós, oh belleza!

EUSEBIO BLASCO

POESIAS

DE

A. BARBIER

INTRODUCCIÓN

Se dirá que la cólera me agrada;
que vivir y arrastrarse sobre el todo
es el inmundo amor de mis estrofas,
y que imitando a Diógenes con horrible
desprecio, mi tonel cínicamente
en toda puerta a mi placer coloco.

Que á los grandes insulto y que mi pluma,
aún ignorada, sobre pueblo y tronos
golpea amargamente... ¡qué me importan
los vulgares aullidos que ya en torno
resuenan de importantes charlatanes
que al cielo elevan su clamor sonoro,
sacerdotes de un ídolo que muere
enfáticos juglares que tan sólo
saben danzar sobre la frase hueca?

Si mi verso es ardiente y belicoso,
si su boca no tesa a el duro freno,
es que resuena con marcial eco
en un siglo de bronce; hoy el cinismo
que en las costumbres por doquiera noto
debe manchar la inmaculada frase
y al horror que se imos ante el rostro
de la torpe maldad surge la hipóbole.

Pero aunque ruja el huracán furioso,
alta la frente, el ánimo tranquilo,
puedo desahogar con pecho heroico
la límpida mirada del honrado
y la al ívez del corazón brioso.

Si mi estrofa es audaz, ruda y grosera,
sabed que un hombre digno hay en su fondo.

EL LEÓN

I

Yo he visto que, de cólera rugiendo
durante tres inacabables días
el león popular, sangre esparciendo,
mezclaba su clamor al rudo estruendo
de las ondas indómitas, bravías.

Le he visto en la ciudad, de muerte herido,
agitando sus crines y su boca
mover su faz con espantable ruido,
su pupila agitar, faro encendido
que á la siniestra cólera provoca.

Después, como un torrente, á la pelea
lánzase por la pólvora, excitado
y por la luz de la roja tea;
penetrar en el Louvre... y allí, airado,
sin fuerzas casi, el pelo ensangrentado.

Le he visto con su grupa de gigante
del trono derribar o el terciopelo
llenar, ro' a la lengua, jadeante
y revolver en él, con rudo anhelo,
su feroz majestad, cual rey triunfante.

II

Entonces miré súbito en la sombra
formada por el bruto, lentamente
arrastrarse su faz sobre la alfombra
esa confusa grey que el labio nombra
cortesanos de un rey omnipotente.

Pálidos de sus pasos con el ruido
mil enanos sus brazos le tendían
arrullando con frases su ancho oído,
la piel besando al monstruo-rey ungido
cuyo poder supremo compartían.

¡Admiración y gloria! grito santo
que resonaba entre la impura grey
agrupada en redor del regio manto
y todos le aclamaban en su espanto
por león salvador, guerrero, rey.

Pero cuando de sangre y alabanzas
saciado, sacudir el yugo quiso,
y despierta en su pecho la esperanza
desterrando el terror por indeciso
levantar en sus garras la balanza,

Y cual antiguo atleta con fiereza,
sobre el cuello de músculos cruzado
quiso elevar su homérica cabeza
y con la crin al viento en su grandeza
rugir... no pudo; estaba amordazado.

EL MOTÍN

Como una tempestad el sordo ruido
de barrio en barrio rueda tumultuoso;
las puertas, las ventanas con quejido

lastimero responden al sonido
que crece y se dilata majestuoso.

Sobre los bronces los martillos suenan;
el miedo en derredor llama y azota,
las campanas á vuelo el aire atruenan
y vientos de furor desencadenan
estrago y muerte en la extensión remota.

Se oculta el hombre y aterrado cilla;
el aislamiento y soledad campea;
torrente desatado que avasalla
cuanto se opone á su brutal idea.

El rebelde motín que con la mano
empuja al pueblo abriéndole camino;
el motín de mil frentes, monstruo insano
que dilata cual fervido Océano
sus olas en rugiente torbellino.

Con rápidas corrientes estruendosas
aumentando sus ondas caudalosas
por el gran malecón va desatada;
desbordando sus aguas cenagosas,
rugiendo por el hambre fué ligada.

¿Adónde hoy va, terrible en sus clamores?
A aterrar al Senado con su grito
y arrojando siniestros resplandores
á sacudir el cielo del delito
sobre el poder, horrendo en sus furores?

No, su grito llenando el lugar santo,
contra el muro de Dios salta espumoso;
odio para el pontífice es su canto,
y demóe el lugar donde el reposo
sagrado tiende su celeste manto.

Ante el altar, sobre las duras losas
los vasos inmortales rotos ruedan;
¡adiós, pórtico santo! ¡adiós, hermosas
creencias, que brillasteis portentosas;
ya sólo sombras de recuerdos quedan!

Al suelo viene con la cruz sagrada
el edificio hermoso ¡ahado sombio!
todo muere en la sombra anubarrada
y por segunda vez con faz turlada
se halla el Cristo en las manos del judío!

¡Oh, madre patria! ¡diosa planifera!
¿veremos siempre en la ciudad llorosa
á tus pálidos hijos por doquiera
roto el hogar donde por vez primera
contemplaron la luz esplendorosa?

¿Siempre los miraremos cual guerreros
agitarse en las luchas intestinas
al aire dando tremolos aceros
y en un montón de gigantescas ruinas
convirtiendo sus pórticos severos?

Los templos mirarán con amargura
correr la sangre que la tierra empapa
para eterna y terrible desventura,
semejando siniestra, á la luz impura
que silenciosa del lagar se escapa?

¡Ah, patria! si tu grito de congoja
no refrena á la plebe empedernida,
si á tu gemido por respuesta arroja
una bl' stemia á la maldad unida,
si de tu sacro guante te despoja,

Entonces, con los brazos extendidos,
al aire el seno, madre infortunada,
refrenando del pulso los latidos
y ahogando de tu labio los gemidos,

Ven, levanta tu frente inmaculada,
rasga con ambas manos la flotante,
sagrada vestidura, y pues cesaron
amor y honor, presenta á la radiante
espada vibradora el seno amante
en donde todos, madre, se engendraron!

LA POPULARIDAD

I

Cuando hoy en Francia nadie se resigna
á quedarse en su hogar tranquilamente
y en todas partes la ambición indigna
invasa el corazón, llena la mente
y hasta en los huecos éreos fuerte asiento
ocupa, reina infame y vil señora
por doquiera en un sólo movimiento
se resquebraja el afán que nos devora.

En la obra política, vibrante
el labio, mas el pecho torpe y vano,
con firme empeño y ansia delirante
todos quieren poner la osada mano.

Todos se agitan; la ambición les guía
trejar ansiando á la empinada cumbre;
cada cual entra en la escabrosa vía
por capricho, por ansia ó por costumbre.

Penetra en su recinto aquel que llega
ya orado, ya poeta, ya soldado,
quien primero aparece un apel juega
en el eterno drama del Estado.

Sea cualquiera su rango o su fortuna
es admitido en la estruendosa guerra;
el que mecía la blasonada cuna
y el que tiene por leño la ancha tierra.

¡Ah! de la fiebre en el mortal anhelo
arrastrando su honor hecho pedazos
jadeantes cruzan el fango-o suelo
tendiendo al pueblo los convulsos brazos.

II

Si, el pueblo es grande, sobre todo ahora
que su boca arrogante y siempre inquieta
sus mil frenos rompió; ya no desdora
su noble aliento; cual robusto atleta
que su ejercicio colosal termina
puede ya reposar; es el coloso
que el porvenir con su poder domina;
el es el portaharapos vigoroso,
el herrero sublime en cuyo traje
de cruda lona y áspera estameña
—como respuesta al iracundo ultraje—
la sangre del tirano audaz enseña.

Demoleedor que con un golpe solo
derriba tronos, borra dinastías
y hace rodar de un polo al otro polo
el eco de sus grandes alegrías.

Que ante la luz del sol, firme y triunfante
en sus furias magníficas y extremas
cual juguetes que arroja el tierno infante
hace rodar al suelo las diademas.

Mas causa piedad ver medio desnudo
al pueblo heroico con la frente rasa
sin púrpura en su cuerpo, por resguardo
la libertad que su cerebro abraza;

Causa piedad mirarle que imitando
á los reyes que aplasta en voz osada
la palaciega grey vana forma do,
nueva forma á la antigua tiranía.

Si, triste es ver de hinojos á sus plantas
un rebaño de miseros humanos
saludarle con frases sacrosantas
y diariamente acariciar sus manos.

Escuchar de la torpe hipocresía
el vil lenguaje que degrada al hombre
y contemplar á la feroz jauría
de ciudadanos mancillando el nombre.

Oír á su alrededor en voz siniestra
decirle que la sangre derramada
es ornamento á su callosa diestra
y que el rojo es la luz inmaculada.

Que su capricho es ley que nada vicia,
que la justicia en el su brazo ha hallado
sin miedo á que en sus manos la justicia
pueda irroarse en arma del malvado.

III

Es, pues, el sino de la raza humana
doblar el cuello ante la infamia todos?
Del pueblo hacer una deidad insana
para incensarla con tan viles modos?

Apenas levantada, con odiosa
mano arrojarla al suelo, y para qué?
La santa libertad, única diosa,
para adorarla hay que ponerle en pie!

Vivimos ¡ay! en miserable guerra,
en un tiempo á otro alguno semejante
en que la corrupción sobre la tierra
pudrá cuanto ilumina el sol radiante.

En que del corazón el egoísmo
se desborda feroz como saña impia
mientras yace en el fondo del abismo
la virtud; en que el héroe vive un día.

Un tiempo en que el sagrado juramento
y el amor á la patria no despiertan
más que impúdica risa; en que el lamento
y el rudo exotismo se conciertan.

En que el sublime altar resplandeciente
del público pudor por tierra yace
sin que encuentre la vista indiferente
el templo salvador que le reemplaza.

Un siglo de impurezas y de todo
en el cual, sumergidos como estamos,
perdida la virtud, la gloria, todo,
con siniestro placer nos revelamos.

Siglo en que no hay grandezas, hechos, nombres
en que al tenderse en su mortuoria caja
con el triste de precio de los hombres
el universo entero se amortaia.

IV

¡Ah! si algún día del profundo abismo
a que rodamos todos ciegamente,
de este caos de afrenta y de mutismo
que oprime el corazón, mancha la frente,
súbito y por azar surgiese un alma
sublime de ancha frente y brazo rudo,
alma de hierro, ante el peligro en calma
y con el corazón por firme escudo,
si este hombre grande al vulgo sorprendiendo
por las manos del pueblo levantado
subiera del aplauso entre el estruendo
el timón a empuñar del roto Estado,
entonces con mis cantos de poeta
y mi voz de patriota, le diría:

— Hombre a quien el poder turba é inquieta,
oye mi voz, que inspira la hidalguía.
Hombre elevado a tan sublime altura,
no bajes la cabeza y la mirada,
desprecia del reptil la mordedura,
sigue adelante sin fijarte en nada.

Deja que el pueblo aplauda tu subida
y se paciente al repetir tu nombre
ellos prometerán dar a tu vida
cuanto codicia la ambición del hombre.

Ellos te ofrecerán hasta su espalda
para llevar tu féretro ostentoso:
cedida una magnífica guinalda
del panteón al asilo esplendoroso.

Sigue, y no pienses en el templo augusto;
acuérdate que el pueblo, el gran variable
tornadizo y cruel cambia de gusto
y con mano de encono miserable
del mismo panteón puede en mal hora
arrancarte, pisar tu honrada frente
y al inmundo albañal que al sol desdora
tus despojos lanzar cínicamente.

Marcha para la patria, hombre divino,
alta la frente y despreciando al falso,
y aunque tu pie al final de tu camino
chocara con las gradas de un cadalso,
aunque tu regía frente consagrada
como una nueva víctima expiatoria
al clamor de la plebe encenagada
y con espanto de la noble historia
rodara al ruido del tambor infame,
del gran pueblo, cualquiera que éste sea,
teme siempre el amor cuando te aclame,
pero su estimación busca y desea.

V

La popularidad, la insana y tiera
impúdica que estrecha con sus brazos
al fatal universo en su carrera
ciñéndolo terrible entre sus lazos;

Que el vientre al sol, como la antigua ninfa
da sus abiertos flancos al que quiere,
sus venas roe la podrida linfa:
es la euménide eterna que no muere.

Es el mar! onda límpida y serena
a los primeros rayos del Levante
cantando sonriente el alma llena
de amor y paz, magnífica y radiante;
perfumando la costa en que cautiva
duerme, con el perfume de sus olas
arullando en su seno, gran lasciva,
su pueblo.

Más después con loco anhelo
alzándose del lecho silencioso
gigante atronador azota el cielo
golpeando con estrépito espantoso.

Ciega, rugiente, loca y desatada
a la cárdena luz del rayo rojo
muge saltando en su extensión soleada
sin aplacar su furibundo ojo.

Y el cuerpo blanco de salvaje espuma,
el ojo delirante, el labio inmundo
envuelto del espanto entre la bruma
con el ronco estertor de un moribundo
rueda sobre la arena humedecida
desgarrando implacable roca y tierra,
de aliento falta, horrible en su caída,
al universo amenazando guerra.

Y cuando fatigada de matanza
muere impura, en sus antros ignorados
al espirar sobre la playa lanza
cadáveres humanos destrozados!

EL ÍDOLO

I

A la obra, herrero, y pronto! carbón, aceite, cobre
y bronce soberano!
fuerza es que todo acuda, fuerza es que nada sobre
a tu fragua, Vulcano!

Al horno, que ya ruge, da el pasto que demanda
por que para aplacar,
para dar consistencia al metal que se ablanda
palacios hay que echarle.

Bien! ya luce la llama, ardiente, loca, inmensa,
en ascua enrojecida;
nuestro rudo trabajo ya amante recompensa,
pronto va a estar fundida.

El asalto principia, de la bóveda enorme
la horrenda maza cae;
cual tronador alud el lingote deforme
sobre el flanco otro atrae.

No se ven más que saltos, aullidos y delirio!
el plomo unido al oro,
el bronce unido al cobre, fantástico delirio
que mezcla risa y lloro.

Todo se tuerce, ruge, se agita y se desgarrar;
son monstruos del infierno?
Se perfila en lo oscuro una siniestra barra
cual poste del averno.

Por fin la obra termina, ¡llama muere incierta
en torno del brasero,
el bronce hierve en olas... abrid la ruda puerta
que pase el altanero!

Oh, río impetuoso! lázmate sordamente
con desatado afán
cual clara y pura linfa de la escondida fuente,
cual llama de un vulcan.

La tierra abre sus senos a tus ondas de lava,
haz, piedra, tu furor;

en el molde profundo penetra, en bronce esclava,
saldrás emperador!

II

¡Siempre el hombre! su imagen magnífica, altanera,
hasta los cielos sube;
en torno a su ancha frente cual fúnebre bandera
flota la errante nube.

Cuánta sangre y ultraje y lágrimas nos cuesta
ese rudo guerrero.
que apareciendo en Francia como visión funesta
aterro al mundo entero.

Él hizo desatarse en férvido oleaje
el encono cruel.

¡Ah! cuánta sangre y lágrimas y merecido ultraje
a cambio de un laurel.

Para la triste Francia fue un ominoso día
cuando en el pedestal

donde el héroe gigante audaz resplandecía
vió un bravo cimbral

arrojar a la altiva estatus fulgurante
el trenzado corcel.

y azotar con escarnio del fúnebre semblante
la cincelada pie!

Entonces se vió en torno de la columna altiva
al feroz extranjero

a los aires lanzando su monótono ¡viva!
sobre el cable grosero

colgado, unir sus odios en un esfuerzo sumo
ansioso derribar

al coloso que un día del incendio entre el humo
lo supo avasallar.

Y cuando el bloque rudo, soberbio y soberano
el pedestal dejó,

y sobre el duro suelo, cual un despojo vano
con estruendo cayó

el hunno, el hunno estúpido, de piel curtida, impura,
de alma cobarde y ruin,

ante la Francia, atónita de tanta desventura
pasó el regío botín.

Ante el horror del mundo, ante la ar del cielo,
rugiendo de furor,

arrastró vengativo sobre el manchado suelo
al gran emperador.

¡Ah! para aquel que lleva un corazón sediento
de virtud, aquel día

pesa sobre la frente cual vil remordimiento,
cual horrenda agonía.

Es la página triste que nuestra historia ofrece
en su lucha grandiosa;

mancha eterna y sombría que no desaparece
ni al bajar a la fosa.

Yo he visto la invasión ante la sombra augusta
de nuestros viejos muros

amontonar sus carros con la esperanza justa
de hallarnos inseguros.

Le vi de nuestros árboles rasgando la corteza;
echarla a sus caballos.

Yo vi al hombre del Norte con labios de fiera
gritar a sus vasallos:

— Golpead la infame espalda de esa nación cobarde,
que sus miserias siente;

saciad la sed de furia que en sus entrañas arde;
fustigadla inclemente.

Le he visto acechando infamias con agravios,
morder nuestro alimento,

y con cincha burla en nuestros secos labios
respirar nuestro aliento.

Vi jóvenes francesas, mujeres infamadas,
hermosas de impudor,

anhelar del cosaco las cínicas miradas
y enervarse en su olor.

Y bien! por esos días de abatimiento y pena
en que París doliente

añilaba sus garras, cual fámelica hiena
que el cadáver presiente;

por todas esas horas de delirio infinito
a un ser mi corazón

condenar; él es culpable de todo. ¡Sé maldito,
fatal Napoleón!

III

¡Oh, Corso, miserable, de lacia cabellera,
mira a tu alrededor!

¡Recuerdas nuestra Francia qué hermosa y grande era
al sol de Mesidor?

Era un corcel de sangre rebelde y no domada,
sin rendaje de oro,

sin acerado freno, con la crin destrenzada
por único tesoro.

Salvaje y notle a un tiempo; sobre su lomo fuerte
sangre real humeaba;

desatando orgulloso el golpe de la muerte
libre y suelto vagaba.

Con pie firme golpeando en el antiguo suelo
anunciaba su preza

al contemplarse libre en su incesante anhelo
por la primera vez

Nunca mano amigosa que la traición maneilla
tocó su lijro austero;

nunca sus fuertes lomos soportaron la silla
ni el arnés extranjero.

Sus crines relucían y hermoso vagabundo,
alto el cuello, extendido,

de manos puestas, hacia estremecerse el mundo
de su relincho al ruido.

Tú apareciste súbito, y al ver su gallardía
sus ijares dispuestos,

Centáuro impetuoso, con bética osadía
entre impuros denuestos

su crin asiste firme, con brazo denodado
calzada fuerte espuela,

montaste sobre el lomo, por siempre ya infamado
y le gritaste: ¡vuela!

Entonces como amaba de la guerra el estruendo,
la sangre y el clamor,

lo arrojaiste del mundo en el combate horrendo,
le diste tu furor.

Cesaron el reptar, los sueños, la esperanza;
siempre en lucha campal,

perdido entre el estrago, la guerra, la matanza,
con sangre hasta el pretal.

Su duro y férreo casco en su infernal corrida
hundió generaciones;

quince años humeante paseó suelta la brida,
sobre tristes naciones.

Por fin, débil, cansado de caminar sin fruto.

tras su destino inano,
sembrando la discordia, la destrucción y el luto
sobre el género humano,
por el sudor cubierto, sin fuerzas, jadeante,
con estertor de muerte
te demandó clemencia, convulso y delirante,
¡oh, corzo, duro y fuerte!

Con doble rabia entonces, para acallar tus gritos
tu muslo vigoroso
oprimió al débil bruto que espasmos infinitos
devoró sanguinoso.

Azuzaste su cuello con golpes inclementes
y en su boca espumosa
el freno revolviendo, partístele los dientes
con ira encorvada.

¡Se levantó terrible y en última batalla
su freno destrozando
cayó en candente lecho de férvida metralia
tu gloria sepultando!

IV

Hoy te alzas nuevamente de tu horrible caía
emperador gigante,
ceñiéndote en la esfera de armadura y luz vestida
cual águila radiante.

Tu imagen vuelve a alzarse, dominador del mundo,
en nuestro patrio suelo,
la vemos elevarse con rítor y profundo
remontándose al cielo.

No es ya el ladrón de un cetro que deshojó en su en-
el monstruo de maldad (cono,

que rencoroso ahogaba bajo el cojín del trono
la virgen Libertad;

no es el vajo forzado de la Santa Alianza
que murió en negra roca

atrigando en su pecho un resto de esperanza
que a la risa provoca.

No es el ruin desterrado que roto el fuerte acero
pasaba entristecido

bajo el bastón de hierro del clínico extranjero
doblándose abatido.

Hoy Napoleón de tu antro resplandeciente sales
al himno adulador

del mentido poeta para quien son iguales
grandeza y dishonor.

Gracias al vil incienso que no conoce vallas
César ocupa el rango

de los dioses: su imagen en todas las murallas
limpia de tanto fango.

reluce y brilla fuera; su repelido nombre
se extiende vencedor,

como en esas batallas donde rodaba el hombre
al rui o del tan bor.

Y París olvidando su llaga siempre viva
que al esparto se termina,

dobra al pie de la enhiesta columna, siempre activa,
su frente soberana.

Con las manos cargadas de efímeros laureles,
y marchitadas flores

se acercan, más humildes que tímidos lebreles
mendigos y señores,

al bronce fulgurante que las madres no miran
amasado con llanto,

y en derredor del héroe sinuástramente giran
con monótono canto.

Con su blusa de obrero París ante el impio
da al eco su canción,

y á coro alegre danza en torno del sombrío
fatal Napoleón.

V

¡Ah! pasad, pasad, réquios, monarcas bondadosos,
pastores bendecidos

que a la corriente humana mostrasteis generosos
sus ensucios queridos.

¡Ay! en vano del pueblo ingrato la cadena
aligeráis ¡oh reyes!

En vano nuestros pasos sin ansias y sin penas
siguen zozocas grejes.

Cual rebañar a cecible en vano el pueblo pasa,
su aplauso en vano zumba;

cuando el astro amoroso con luz triste y escasa
va rodando a su tumba,

y su disco radiante cual triste despedida
siendo el rayo postero,

ni el nombre en la corriente profunda de la vida,
traza surco ligero.

Pasad, pasad, ni estatua alcantaréis, ni fama;
el pueblo os ha olvidado;

pasad, os desencuene, su voz tan sólo aclama
al heroico soldado.

Sólo recuerda al hombre que impone su abedrio
con el cañon rugiente;

sólo adora al que en campos bañados de rocío
tala y siega inclemente;

al que le obliga a alzar del sol al vivo fuego
la Pirámide ruda,

llevando la ancha piedra con fanatismo ciego
en la espalda desnuda.

Pasad, el pueblo es siempre la meretriz infanda
ebria de cerne y vino

que busca en el amante la ronca voz que manda,
nunca el perdón divino;

que anhela en su mejilla sentir el golpe horrendo
del vil que la maltrata;

el brazo que la hiere, los labios despidiendo
la blasfemia insensata.

La que rasgado el seno, la vestidura rota
adorra, horrible, impi,

al ruñán libitino que la befa y la azota
desde que ajunta el día!

ANICETO VALDIVIA

Marzo 1883

EMILIO ZOLA

I

El nombre de Zola es un nombre de batalla en el campo literario, el gran novelista francés representa en los momentos actuales una tendencia nueva en literatura que para triunfar necesita echar por tierra ídolos que cuentan con multitud de adoradores.

Por eso hoy pocas figuras pueden presentarse tan dignas de consideración como la del ilustre autor de *Les Rougon Macquart*. Sin pretender yo hacer un estudio crítico del insigne novelista, voy á dar una idea de su gran personalidad, que, como es natural, anda por esos mundos siendo objeto de los juicios temerarios de quienes no han tenido el gusto por falta de tiempo quizá ó de paciencia para leer sus obras todas, como Dios manda.

Zola nació el 2 de Enero de 1840 en París, es hijo de padre italiano y de madre francesa; sus primeros años los pasó en el Mediodía de Francia, en Aix; muerto su padre cuando aún era el muy niño; su infancia y los comienzos de su juventud transcurren al lado de su madre, que débil para con él, le dejó á rienda suelta vivir y formarse; á los dieciocho años fué á París, y allí arruinada completamente su familia, en compañía de su madre y de su abuelo que muere en 1862, conoció la miseria más espantosa que le coloca en las circunstancias más extremas, y le hace buscar trabajo por todos los medios; gracias á una recomendación de M. Boudet (en 1861), antiguo amigo de su padre, pudo encontrar un empleo en casa del editor M. Hachette, con el sueldo de 100 francos al mes.

Aquí comienza la gran lucha que mantiene Zola por la existencia. Ambicionaba á toda costa vivir de su pluma, y cuando encerrado en su despacho de escribiente contemplaba el trabajo material y mecánico á que se encontraba reducido, una tristeza invencible se apoderaba de su ánimo; en su tarea de empaquetar libros, mil veces sufrió el suplicio de Tántalo, pues aficionado á las letras, joven, con verdad era vocación de escritor, tuvo que contentarse con ver pasar por sus manos libros y libros, sin abrigar la esperanza de poder leerlos. Sin embargo, á pesar del asiduo trabajo que le imponía su empleo en casa de Hachette; como su afición literaria era extremada, aún procuraba robar horas al descanso para dedicarlas á escribir; á ese trabajo asiduo se deben varios cuentos que después habrán de formar el tomo *Cartes á Ninon, La Fille amoureuse, Le sang, Simplicio* y otros, fueron de las primeras obras que el autor de *Nana* produjo durante aquella vida miserable.

Hacia 1865 es cuando se decidió buscar algún modo de vivir que, poco á poco, fuese haciendo innecesario su sueldo de la casa de Hachette, enviando artículos al *Petit Journal*, á la *Vie Parisienne*; y *Salut public*, de Lyon, empieza á publicar sus primeros estudios literarios y artísticos, los cuales figuran en el tomo más tarde publicado bajo el título *Mes Haines*. Da entonces cima á su primer novela la *Confession de Claude*, primer obra también que reporta algún beneficio á Zola, pues el primer tomo de sus *Cuentos* nada le había producido. Con la publicación de la citada novela, coincide una resolución suprema tomada por el joven escritor, la renuncia del cargo que en casa de Hachette desempeñaba, confiando en un todo á su pluma la subsistencia.

Pero entonces su ánimo sobrecogiése un tanto; era bellissimo vivir del producto de sus escritos, pero era un problema difícil de resolver el encontrar la manera de reemplazar aquellos doscientos francos mensuales que últimamente cobraba en casa de Hachette. ¡Qué camino tomar en tales momentos! El libro no era lo más á propósito, pues sus productos son á largo plazo é inciertos; el teatro..... todas las puertas aparecían cerradas; abrirlas..... era intento vano; ¿dónde, pues, recurrir? únicamente quedaba el gran recurso de todos los literatos que empiezan. *El periódico*.

A él recurrió Zola.

Por aquel entonces M. de Villemessant, publicaba el periódico *L'Evenement*; Zola solicitó una plaza en él, lo que consigue, con la obligación de dar cuenta de los libros que se publicasen, y con el sueldo de quinientos francos mensuales, lo que era para el nuevo periodista una verdadera fortuna.

En este periódico hizo su célebre campaña artística «Mon Salón», que produjo un verdadero escándalo por lo atrevido y original de sus juicios, que no eran sino esbozos de la teoría artística que más adelante había de exponer y llevar á sus últimas consecuencias.

En 1866 comienza Zola su *Theresa Raquin* y la publica en 1867 en *L'Artiste*, con el título de «Una historia de amor.»

Esta obra tiene suma importancia en la vida literaria de Zola; fué la primera que llamó seriamente la atención de la crítica. Luis Ulbach, de *El Figaro*, le dedica un artículo en que le califica de «literatura pútrida.» El mismo Saint-Beuve le consagra una carta, de la cual Zola habla en su estudio sobre el eminente crítico, publicado en los *Documentos literarios*. En ella moteja la obra de exagerada en el tono de sus descripciones, defecto que el autor, en el estudio citado, reconoce como verdadero, lo cual se compagina mal con el carácter que muchos críticos franceses le dan de orgulloso é insufrible.

En esta época intenta Zola penetrar en el teatro y escribe en 1867, en colaboración con Mario Rour, *Los Misterios de Marsella*, representados en el teatro de esta población, escribiendo además *Magdalena Ferat*, drama en tres actos que no logró ser representado.

De modo que hacia 1868, Zola había alcanzado darse á conocer como periodista, había sido desairado en el teatro, y comenzaba á ser, como novelista, discutido; y como resultado de todo, había conseguido su ideal de siempre, vivir á costa de su pluma.

Todo este período de la vida de Zola puede considerarse como el período de principiante, de lucha literaria; en él es donde se forma el carácter que hasta hoy constituye la personalidad del gran novelista, acostumbrado por la fuerza de las circunstancias, esto es, por la falta de pan á trabajar asiduamente, á no dejar pasar un día sin hacer correr su pluma sobre el papel, con una fuerza de voluntad que sólo en la desgracia se adquiere. Zola, hoy que cuenta con una fortuna inmensa, como cuando tenía que buscar 100 francos mensuales para comer, trabaja diariamente cierto número de cuartillas, que por lo regular no pasan de cuatro hojas de impresión, y así con esto, poco á poco, añadiendo un grano á otro grano, ha logrado levantar ese edificio notable que se llama *Los Rougon Macquart*.

Los Rougon Macquart: He ahí la obra de Zola. En ella pone á contribución sus talentos de novelista, y en ella practica las teorías de la escuela que hoy empieza á dominar en literatura. Es curioso todo lo que refiere á lo que pudiera llamarse historia externa de la famosa serie.

Zola tuvo siempre empeño por hacer una obra grande que abarcara todo un orden de vida, que comprendiese todas las manifestaciones de una idea general. Cuando en Aix, en su juventud, dominado por el romanticismo, primero de Victor Hugo y más tarde de Musset, entre sus aficiones irresistibles de poeta escribió tres poemas, imitación en el modo de las que solía escribir el autor de *Rolla* y las *Nueis*, esos tres poemas los comprendió bajo el nombre común de *L'Amoureuse comédie*. Más tarde, en París, luchando por el pan, concibe la idea de hacer una obra colosal, de escribir el poema, ó mejor, quizá la epopeya de la época, y pensó en hacer una trilogía poética bajo el título de *El génesis*, cuya primera parte había de comprender «el nacimiento del mundo,» explicado según los últimos datos científicos; la segunda, titulada «La humanidad,» sería una especie de síntesis de la historia universal, y finalmente, la tercera estaba destinada á cantar al hombre. Esta idea tuvo á Zola entusiasmado mucho tiempo; aquel plan que él se figuraba grandioso le halagaba en extremo, así que una vez pensando lo suficiente, no pudiendo resistir la tentación, lo comenzó.

«Principe createur seule Force premiere,
Qui dé un souffle vivant souleva la matiere
Toi qui vis, ignorant la naissance et la mort,
Du prophete inspiré donne moi l'aile d'or.»

Aún escribió Zola otros cuatro versos pero nada más; quizás las circunstancias difíciles porque en el año de 1861 pasaba, le habrían hecho desistir de su idea, ó quizá empezaba á tener conciencia de su medianía como poeta, como él dice en su carta á Alexis, lo cierto es que aquel poema quedó así.

Pero la idea, cambiando de forma, persistía en Zola por medio de su vida de lucha; así es, que cuando se encontró en una posición tal, que por su nombre podía ya entrar con la frente levantada en la literatura, su pensamiento dominante no fué otro sino hacer una obra en la que todo su talento fuera puesto á contribución; entonces en una serie de circunstancias que anotaremos, concibió la idea de escribir los *Rougon-Macquart*.

Emilio Zola sintió desde muy joven afición á dos clases de estudios que el vulgo considera como antitéticos: la literatura y las ciencias experimentales. En esto se refleja el doble carácter de su talento.

Cuando se estudian sus obras, se ve que el autor de *Les Rougon Macquart* reúne a una potente fuerza de observación, una viveza de imaginación prodigiosa, como suele suceder hoy a los más ilustres escritores, que, consciente ó inconscientemente, pertenecen a la escuela naturalista, y que hace que sus producciones literarias unan al reflejo de la desnuda realidad todos los encantos y atractivos esenciales a toda obra de arte.

Estas condiciones son hoy de todo punto indispensables para aquel que dedica su actividad al cultivo de la literatura; las obras literarias van poco a poco pasando de puras obras de entretenimiento y de recreo, de meros productos de la fantasía, a ser el resultado de maduras reflexiones, cediendo a la tendencia general que se nota en nuestro siglo a estudiar el hecho como base del conocimiento de la realidad. Tendencia que primeramente en su más propio terreno en las ciencias experimentales, más tarde en filosofía y en metafísica, luego en la política, casi acabó con todos esos idealismos, resultado de la fantasía, é hizo que la reflexión volviese por sus fueros y reivindicase los derechos de la naturaleza.

Decían que Zola tuvo desde sus primeros años grandes aficiones a las ciencias experimentales y una vocación decidida por la literatura. Sus aptitudes para el estudio de las primeras eran tan grandes que a creer el fallo del tribunal que en la Soborna lo examinaba en 1859, hubiera hecho muy bien en seguir el estudio de las ciencias y dejar para siempre el de la literatura, pues Zola a los veinte años era aprobado, con muy buenas notas, en física, química, historia natural, y recibía la calificación de *nulo* en literatura.

Pero Zola más tarde demostró todo lo contrario, y prosiguió sus estudios científicos a la vez que emprendía con más ardor el de la literatura.

Zola había logrado en 1867 triunfar de la miseria que tan tenazmente le había perseguido, pero aún temía que la desgracia ó el descuido pudiesen hacerlo retroceder a épocas que recordaba con horror; así es que no tuvo más pensamiento que el de crearse un porvenir, y como creía que una renta mensual de 500 francos, unida a la que otros trabajos le produjeran, sería suficiente a satisfacer sus necesidades, para conseguirlo resolvió intentar la publicación de una obra grande, ó mejor dicho, de una serie de obras cuyo producto, percibido periódicamente y de una manera normal, permitiese atender a sus necesidades más perentorias.

Entonces se despertó en él la idea constante de su juventud, pero en otra forma. Zola seguía con entusiasmo el desenvolvimiento de la *Comedia humana*, de Balzac, esa serie interminable de volúmenes en que se hace a un personaje aparecer en distintas ocasiones, unas veces como actor principal, otras como uno de tantos, imitando así lo que sucede en la vida real. La idea le parecía magnífica; pero Zola, aficionado al orden, al método y a confeccionar las obras desenvolviendo una idea, desde que nace hasta sus últimas consecuencias, se creyó que era mejor tomar una familia, crearle ciertas condiciones y propiedades fisiológicas y morales, y seguir uno a uno a todos sus individuos, estudiando en ellos los efectos externos de su temperamento, formando su historia fisiológica con él y con los datos probables de la ciencia.

Y he ahí la historia natural y social de una familia bajo el segundo imperio, es decir, la serie de *Les Rougon Macquart*.

Apoderado Zola de aquella idea, no muy original desde el punto de vista literario, durante más de ocho meses (1868-69) meditó y trabajó el plan; en la Biblioteca imperial leyó libros y más libros procurando formar en su mente seres verdaderamente humanos que tuviesen vida, que estuviesen sujetos a las mismas pasiones que el hombre que realmente vive, huyendo de ese modo de formar seres típicos para alcanzar lo que Edmundo Goncourt dice en el prólogo de *La Faustin*, ser el historiador de esos seres que no tienen historia.

Entonces, según Alexis dice y el mismo Zola sostiene en su prólogo a *Une page d'amour*, formó como resultado de todos sus estudios el árbol genealógico de la familia de *Les Rougon Macquart* publicado en la novela citada en 1878.

Este árbol viene a constituir el plan que Zola se propuso seguir en la serie, y que hasta hoy, publicados ya diez volúmenes, ha seguido fielmente. Supone todos los Rougon y todos los Macquart, descendientes de Adelaida Jouque, casada primero con Rougon, de quien tuvo un hijo, Pedro, y más tarde manceba de Macquart, de quien tiene dos hijos, Antonio y Ursula. Zola estudia principalmente el temperamento de sus primeros personajes, y luego pretende seguir sus variaciones a través de dos generaciones, dando para esto como cosa infalible las

leyes de la herencia, en lo cual se olvidó de que no ha dicho la ciencia sobre tal problema su última palabra.

Pero aparte de esto, Zola, después de la exposición de datos, entra de lleno en el estudio y trabajo de su primer novela *Le fortune de Rougon*. En 1869 empezó a escribirla, pero no pudo publicarla a causa de mil y mil dificultades hasta 1871. Después de ésta publicó en 1872 *Le Curé*; pero no logró su ideal de proporcionarse la renta de 500 francos mensuales, porque una serie de peripecias le hicieron retardar la publicación de sus obras, no pudiendo así cumplir los contratos hechos con el editor Lacroix primero, y más tarde desde *Le Ventre de Paris* con Charpentier.

Escribió Zola seis volúmenes de la serie, sin que sus novelas llegaran a tener la popularidad que entonces merecían tanto como ahora, y sin que la atención de la crítica se fijase en él, y es que le faltaba; triste es decirlo! le faltaba el escándalo, le faltaba que una de sus obras fuera de una índole tal, que no tanto por su valor literario, cuanto por otras condiciones avivase la curiosidad pública. *L'Assommoir* estaba destinada para obrar el milagro.

Zola había estudiado en los volúmenes anteriores el pueblo, pero de pasada, sin que interviniese como principal personaje, eso estaba destinado a suceder en *L'Assommoir*. Gervasia, la protagonista, perteneciente a esa clase que se arrastra y vive por las calles de París, sus amores con Lantier y su vida primero honrada y después del desenfreno más completo, durante el matrimonio con Coupeau. He ahí el drama que sirve a Zola para hacer una pintura admirable del pueblo que vive en la miseria y respira la sofocante atmósfera del vicio. Pero esto escandalizó a todo el mundo que no quería creer que en las tabernas y en las buhardillas, en una casa de vecindad y en la tienda de una planchadora, pudiesen ocurrir dramas tan interesantes. *L'Assommoir* comenzó a ver la luz pública en el *Bien public*, periódico democrático; pero en nombre de los principios democráticos hubo de interrumpirse la publicación que más tarde continuó en *La République des lettres*. Se acusaba a Zola de calumniar al pueblo en su libro, no se podía creer que aquel Coupeau, primero honrado trabajador y que después, a causa del alcohol que a grandes dosis se propinaba en sus borracheras, se hace un perdido, tenga muchos parecidos entre los obreros de todo el mundo, ni tampoco se creía en la realidad de aquella Nana que más tarde había de ser la protagonista de otro libro escandaloso.

Pero esa misma severidad dió reputación a Zola, haciendo parar mientes a la gente de letras en la evolución que realizaba en la novela y entonces fué cuando sus seis volúmenes anteriores empezaron a ser estudiados, a ser vendidos y Zola alcanzó esa notoriedad que ya desde *Le Ventre de Paris* merecía.

(Se continuará.)

ADOLFO POSADA

LA RAZÓN HUMANA

Febri!, ebria de sangre, conmovida
Al soplo destructor de la licencia,
Ansiando proclamar tu omnipotencia,
Dióte altares la Francia regicida.
¡Salve, exclamó, lumbrera de la vida,
Único manantial de la creencia,
Sólo Dios que venera en su conciencia
La Humanidad ya libre y redimida!
¡Salve, digo también, mas nunca ciego
¡Oh razón! sobre el cielo te sublimo
Ni la divina Providencia niego,
Pues de orgullo ridículo me eximo
Viendo cómo te vence un dulce fuego
O el fermentado jugo de un racimo.

PABLO ORDÁS

LA FIGURA GRANDE DE PIEDRA

LEYENDA AMERICANA, POR NATHANIEL HAWTORNE

Una tarde, al ponerse el sol, una madre y su hijo, sentados a la puerta de su cabaña, hablaban de la figura grande de piedra. Sólo necesitaban levantar los ojos, y aunque estuviera a muchas millas de distancia, podían verla distintamente, porque los rayos del sol iluminaban todas sus facciones.

¿Y qué era la figura grande de piedra?

En el seno de montañas elevadas se extendía un valle tan espacioso, que contenía muchos miles de habitantes. Algunas de aquellas buenas gentes vivían en cabañas de maderas situadas en la pendiente escarpada de las montañas, y rodeada por todas partes por la espesa y sombría selva. Otras residían en cómodas granjas; y cultivaban el suelo fértil de las llanuras o las laderas del valle. Otras, en fin, estaban reunidas en pueblecillos, al borde de algún riachuelo que baja de la montaña que lo produce, y que guía el hombre y hace servir para mover las ruedas de la manufactura de algodón. En una palabra, los habitantes de este valle eran numerosos y se ocupaban en oficios diversos. Pero jóvenes y viejos todos estaban familiarizados con la figura grande de piedra, aunque algunos tenían el privilegio de ver más claramente que los demás convécinos este fenómeno de la naturaleza.

La figura grande de piedra era, pues, obra de la naturaleza, majestuosa hasta en sus ojos. Sobre la vertiente perpendicular de una montaña muchas piedras enormes estaban combinadas de tal suerte, que vistas a cierta distancia ofrecían precisamente los rasgos de una figura humana. Parecía que un coloso, que un Titán había esculpido su retrato encima del precipicio. En él había el arco inmenso de la frente, de cien pies de alto; la nariz de una longitud proporcionada, y vastos labios, que a poder hablar, hubieran hecho resonar una voz de trueno del uno al otro extremo del valle. Es verdad que acercándose demasiado el espectador perdía los contornos de aquella figura gigantesca, no percibiendo más que un montón de rocas enormes superpuestas como un resto del caos. Pero al volver atrás la maravillosa figura aparecía de nuevo, y cuanto más se alejaba, tanto más adquiría ella la semejanza del rostro humano, conservando intactos los caracteres divinos de su origen; y al empezar a perderse en lontananza, al verla circundada de nubes y blancos vapores, como de una aureola, la gran figura de piedra parecía positivamente viva.

Era una felicidad para los niños el crecer con esta figura de piedra ante los ojos, porque todas sus facciones eran nobles, y su expresión era a la vez imponente y dulce, como si la animara un corazón grande y ardiente que abrazara en su afecto a todo el género humano, sintiéndose aún con mayor capacidad. Sólo el contemplarla era ya una educación. En la opinión de muchos, el valle debía mucha parte de su fertilidad a aquella dulce fisonomía, que irradiaba perennemente sobre él, iluminando las nubes y penetrando con su ternura los rayos del sol.

Según lo hemos dicho al principio, una madre y su niño, sentados a la puerta de su cabaña, miraban la gran figura de piedra que constituía la materia de su conversación. El niño se llamaba Ernesto.

—Madre, decía, mientras le sonreía la figura titánica—yo quisiera que pudiese ella hablar; parece tan cariñosa, que su voz no puede menos de ser agradable. ¡Ah! si yo viera un hombre con tal rostro, lo amaría con todo mi corazón.

—Si se cumple una antigua profecía—contestó la madre—tal vez veremos nosotros el mejor día a un hombre que tendrá exactamente esas facciones.

—¿Qué profecía es esa, madre mía?—preguntó Ernesto vivamente. —Dígamela Vd., madre, se lo suplico a Vd.

Su madre le refirió una historia que ella había oído a su propia madre cuando aún era más pequeña que Ernesto. No era una historia de acontecimientos pasados, sino de cosas futuras, y a pesar de eso esta historia era tan vieja, que los indios, antiguos habitantes del valle, la habían aprendido de sus antepasados, a los cuales, decían ellos, se la habían murmurado los arroyos de las montañas y el viento que agita las cimas de los árboles.

La historia contaba que en las cercanías había de nacer un día un niño destinado a ser el más grande y el más ilustre personaje de su época, y que cuando llegase a la edad madura sus facciones serían exactamente las de la figura grande de piedra. Un crecido número de ancianos y jóvenes creían aún con el entusiasmo de sus esperanzas en la antigua profecía. Pero otros que habían corrido mundo y que se habían fatigado de esperar (porque no habían tropezado a nadie con esta semejanza; a ninguno que aventajara en lustre y grandeza a sus convécinos), deducían que la profecía era sólo una conseja. Sea como fuera, el grande hombre no había venido todavía.

—¡Oh madre mía! ¡querida madre mía!—exclamó Ernesto agitando sus manos—¡yo espero vivir bastante para verlo!

Su madre era una mujer sensata y afectuosa, y conoció que convenía no desanimar la noble esperanza de su hijo; por eso se contentó con responderle: «Puede ser.»

Jamás olvidó Ernesto la historia que su madre le había relatado, y siempre le venía a la memoria cuando miraba a la gran figura de piedra. Pasó su infancia en la cabaña donde nació, siempre obediente a su madre, a quien ayudó muchas veces con sus manecitas, y mucho con su amante corazón. De esta suerte, de niño feliz, pero meditabundo, llegó a ser joven dulce, pacífico, discreto, tostado por el sol (porque trabajaba en el campo), pero mucho más inteligente que otros que frecuentaban las más famosas escuelas, y sin embargo, Ernesto no tenía más profesor que la gran figura de piedra.

Al concluir los trabajos del día, permanecía horas enteras contemplándola, y acababa por imaginarse que ella lo conocía y correspondía a sus miradas llenas de veneración con una sonrisa de verdad estimulante. Nosotros no nos atreveríamos a decir que Ernesto se engañaba, aunque sea posible que la figura no lo mirase con más benevolencia que a los demás. Pero la suave y confiada sencillez del niño descubría

lo que los otros no podían aprehender; y así el amor que se dirigía a todos, le tocaba a él más particularmente.

En aquel tiempo corrió por el valle el rumor de que había aparecido el gran personaje, anunciado siglos hacía, que debía asemejarse a la gran figura de piedra. Muchos años antes un joven había emigrado del valle y se había establecido en un puerto de mar distante, donde había puesto una tienda con algún dinero que había ganado.

Llamábanlo Amassor; pero nadie pudo decir nunca si era aquel su verdadero nombre u otro procedente de sus costumbres y fortuna. Hábil y activo, y dotado por la Providencia de esa inexcrutable facultad que se llama en el mundo suerte, se hizo excesivamente rico y propietario de una porción de buques. Todos los países parecía que se habían empeñado en acrecentar el monte de riquezas que poseía ya este hombre. Las frías regiones del Norte le enviaban su tributo de pieles; la ardiente Africa cernía para él el oro de sus ríos, y recogía el marfil de sus enormes elefantes; el Oriente le enviaba sus chales magníficos, sus especias, su té, sus gruesas perlas y deslumbradores diamantes. El mismo Océano, por no ser menos que la tierra, le regalaba sus ballenas para que Amassor vendiera su grasa. Cualquiera que fuera la primera materia, al punto se convertía en oro al pasar por sus manos. De él se podría decir lo que del Midas de la fábula, que cuanto tocaba se cambiaba en el amarillo metal, o mejor todavía, en pilas de oro acuñado. Y cuando Amassor se hizo tan rico, que hubiera necesitado cien años sólo para contar su fortuna, recordó el valle donde vio la primera luz y resolvió volver a morir al lugar de su nacimiento. Con este objeto envió a un arquitecto para que levantara un palacio digno de servir de morada a un hombre de tan colosal riqueza.

Como ya lo he dicho, se había esparcido en el valle la noticia de que Amassor era el personaje profético tanto tiempo y tan en vano esperado, y que su rostro era completamente parecido a la gran figura de piedra. Fortificaba esta creencia el espléndido edificio que se levantaba como por encanto en el terreno de la granja de su padre. El exterior era de un mármol tan blanco, que parecía que toda la construcción iba a derretirse al sol, como los palacios de nieve que Amassor tenía costumbre de hacer en su infancia, cuando aún no gozaban sus dedos del privilegio de trasmutación. Había un pórtico ricamente adornado, sostenido por columnas elevadas; bajo este pórtico se veía una puerta magnífica sembrada de clavos de plata y hecha de una madera jaspeada procedente de Ultramar. Los balcones que subían del suelo al techo tenían un cristal de una sola pieza y tan transparente, que se le atribuía la pureza del aire más puro. Nadie había obtenido permiso para ver el interior de este palacio; pero se decía con mucha probabilidad que era mucho más magnífico que por fuera, de tal suerte que en lo que en las demás casas era hierro o cobre, era allí oro o plata. El dormitorio de Amassor sobre todo tenía un aspecto tan brillante, que ningún otro podría cerrar en él los ojos. Pero Amassor estaba tan acostumbrado al lujo fastuoso, que indudablemente no podría dormir sino en un aposento en donde los rayos de la riqueza penetraran hasta en sus pupilas.

El palacio se concluyó, los muebles vinieron en seguida; luego un ejército de criados negros y blancos, precursores de Amassor, cuya majestuosa persona debía llegar a ponerse el sol. Entre tanto, nuestro amigo Ernesto se había agitado profundamente con la idea de que el grande hombre, el hombre ilustre, el hombre de la profecía iba a presentarse en el valle al cabo de tantos siglos. Por joven que fuera, sabía que Amassor con todos sus tesoros tenía mil medios para trasformarse en un ángel bienhechor, y de adquirir en los negocios de los hombres una influencia tan dulce como la sonrisa de la gran figura de piedra. Lleno de fe y de esperanza, Ernesto no dudaba de la certeza del rumor que circulaba en el pueblo, y que llegaba al punto de creer que iba a verse en presencia del retrato vivo de la maravillosa imagen de la montaña. Mientras miraba a lo alto del valle, figurándose siempre que la gran figura correspondía a sus miradas, oyóse un ruido de ruedas que se acercaban con rapidez.

—¡Aquí está!—gritaron del centro de un grupo de personas reunidas para asistir a la llegada.—¡Aquí está el gran Amassor!

Un carruaje tirado por cuatro caballos pasaba por el recodo del camino. A la portezuela se veía la fisonomía de un viejecillo de piel tan amarilla, que se podía creer que lo habían trasmutado las manos de Midas. Su frente era pequeña, sus vivos ojuelos estaban cercados de numerosas arrugas, sus labios parecían aún más delgados, porque los pegaba fuertemente el uno con el otro.

—¡Verdadero retrato de la figura grande de piedra!—exclamó la multitud.—La antigua profecía se ha cumplido; ¡he aquí por fin al grande hombre!

Y lo que confundía más a Ernesto era que parecía que ellos creían sinceramente en la semejanza de que hablaban. A orillas del camino se hallaba por casualidad una pobre vieja con dos niños, procedentes de alguna distante comarca, extendieron las manos al pasar el carruaje, y levantaron sus voces lastimeras pidiendo limosna en un tono propio para excitar la compasión. Una garra amarilla—la misma que había recogido tantos tesoros—salió de la portezuela y dejó caer algunas monedas de cobre, de modo que, así como pudo llamarse Amassor, hubiera podido también llamarse Reparte-Cobre. Esto no impidió que la muchedumbre gritara con tanta fe y entusiasmo como antes.

—¡Ciertamente es el verdadero retrato de la gran figura de piedra! Pero Ernesto apartó su vista tristemente de la faz astuta del sordido personaje, y dirigió sus miradas a lo alto del valle donde en el seno

de un grupo de vapores ligeros que doraban los últimos rayos del sol, podían aún apercibir las gloriosas facciones que tenía grabadas en su corazón. Su aspecto lo consoló: ¿Qué quería decir aquella boca llena de dulzura?

—¡El vendrá! no temas nada, Ernesto. ¡El hombre anunciado vendrá!

Años trascurrieron: Ernesto salió de la adolescencia. Ya era un mozo hecho, escasamente excitaba la atención de los otros habitantes del valle, que no veían nada particular en su vida, excepto el que, después del trabajo diario, se retiraba para contemplar la gran figura de piedra y meditar sobre ella.

Esto lo calificaban de locura, aunque perdonable, porque Ernesto era buen vecino, laborioso, y no descuidaba ningún deber. No sabían que la gran figura era para él un preceptor, y que el sentimiento que estaba grabado en ella engrandecía el corazón del joven, inspirándole simpatías más profundas que a los otros corazones. No sabían que de allí resultaría para Ernesto una sabiduría mejor que la de los libros y una vida superior a la que se vacía en el molde desfigurado de los demás seres humanos. El mismo Ernesto no sabía que los pensamientos que agitaban su mente en el campo como en el hogar doméstico y en todas partes, cuando consultaba su corazón, eran más elevados que los de todos sus semejantes. Alma cándida y sencilla—tanto como la vez primera que le habló su madre de la antigua profecía—miraba los rasgos maravillosos que irradiaban por todo el valle, y se admiraba de que su representación idéntica tardara tanto en aparecer en la tierra.

Entre tanto, el pobre Amassor había sido enterrado, y lo más singular es que su tesoro, cuerpo y alma de su existencia había desaparecido antes de su muerte, no dejando más que un esqueleto vivo, cubierto de una piel amarillenta y arrugada.

Apenas se fundió su oro, se vio que no había una semejanza tan notable entre las innobles facciones del mercader arruinado y la majestuosa figura de la montaña. Por esta razón el pueblo cesó de honrarlo en vida, y lo condenó al olvido después de su muerte, sólo a raros intervalos se evocaba su memoria a causa del magnífico palacio que había hecho construir, y que se cambió después en fonda que albergaba a los forasteros que venían a visitar la famosa curiosidad natural, la gran figura de piedra. Desacreditado y perdido en la sombra Amassor, quedaba por venir el hombre de la profecía.

Ahora bien: sucedió que un joven del valle que había sentado plaza de soldado raso muchos años antes, había llegado a famoso general después de una larga serie de rudos combates. Cualquiera que sea su nombre histórico, era conocido por el viejo *Trueno-y-Sangre* en los campamentos y campos de batalla. Este veterano, gastado por la edad y las heridas, cansado de las fatigas militares, del ruido del tambor y los clarines que había resonado tantas veces en su oído, pensó en volver al lugar de su nacimiento con la esperanza de encontrar en él el reposo que había dejado. Sus vecinos antiguos y sus hijos ya entrados en edad habían dispuesto celebrar la llegada del ilustre capitán con unas salvas de artillería y un banquete; y su entusiasmo era tanto más vivo cuanto que juzgaban que esta vez iba a presentarse la semejanza de la figura de piedra. Un ayudante de campo de *Trueno-y-Sangre* se había sorprendido de la perfecta semejanza al cruzar el valle. Además todos los camaradas de escuela del general y cuantos lo habían conocido, estaban dispuestos a afirmar por juramento que por lo que recordaban, el susodicho general se había parecido siempre a la majestuosa figura, aun de muy niño; pero que aquella idea no se había presentado hasta entonces a su imaginación.

Grande, pues, fué la agitación por todo el valle; y muchas personas que años consecutivos no habían pensado en mirar la grande maravilla, pasaban a la sazón mucho tiempo contemplándola para formarse idea cabal y exacta de las facciones del viejo *Trueno-y-Sangre*.

Llegado el solemne día, Ernesto y todos los habitantes del valle abandonaron sus diferentes tareas y se dirigieron al punto del bosque en que se había preparado el banquete.

Al acercarse, Ernesto oyó la resonante voz del reverendo doctor *Soplo-Guerrero*, que imploraba la bendición del cielo para las cosas buenas colocadas delante de los convidados, y para el ilustre y pacífico personaje, causa y objeto de la reunión. Las mesas se hallaban puestas en un claro en medio del bosque. Sólo al Oriente había un boquete que permitía ver la figura de piedra. Sobre el asiento del general, resto de la morada de Washington, se inclinaba un arco de verdosas ramas entrelazadas de laureles y coronado con la bandera de sus victorias. Nuestro amigo Ernesto se ponía de puntillas para entrever un momento al célebre personaje; pero alrededor de las mesas había una multitud inmensa, ansiosa de oír los brindis y los discursos, con las respuestas que daría el general. Una compañía de voluntarios, haciendo veces de guardias de corps, hacía retroceder implacablemente con bayoneta calada a todo indviduo que se distinguía por su actitud tranquila en medio de la multitud, de suerte que el apacible Ernesto fué enviado a la retaguardia, desde donde le era tan imposible ver las facciones de *Trueno-y-Sangre*, como lo hubiera sido en el campo de batalla. Pero oía las observaciones de varios individuos que comparaban la figura del héroe con la imagen lejana de la montaña.

—¡Admirable semejanza!—exclamó un viejo haciendo una cabriola de gozo.

—¡Verdaderamente es prodigioso!—respondió otro.

—¡Se habla de parecido! ¡yo digo que es el viejo *Trueno-y-Sangre* reflejado en un enorme espejo!—gritó un tercero. —¿Y por qué no?

¡Indudablemente es el hombre más grande del siglo presente y de los venideros!

Los tres lanzaron un grito unánime, que fué como una centella eléctrica que recorrió la multitud y produjo un estrépito de mil voces que repitieron los ecos de las montañas. Se podía haber creído que la misma figura de piedra había repetido el clamor, de tal manera fué estrepitoso.

Estas observaciones y este entusiasmo eran muy propios para interesar a nuestro amigo, y no pensó en dudar siquiera que la figura de la montaña había encontrado por fin su semejante entre los mortales. Ernesto había creído, es verdad, que el personaje tanto tiempo deseado sería un hombre de paz, que hablara con discreción, que hiciera bienes y la felicidad del pueblo. Pero con una expansión que era muy habitual a su sencillez, luchaba contra sus ideas anteriores y se figuraba que la Providencia podía muy bien elegir el medio que prefiriera para colmar de bendiciones a la humanidad. Comprendía que la felicidad podía ser traída al hombre por la mano del guerrero que había manejado y esgrimido el sangriento acero, si lo disponía así la inexcusable Sabiduría.

—¡El general, el general!—tal era el grito que resonaba en la boca de todos.

—¡Silencio! ¡el viejo *Trueno-y-Sangre* va a pronunciar un discurso!

Así era la verdad, porque levantados los manteles se había brindado por el general en medio de aplausos estrepitosos, y éste se había levantado para dar las gracias al concurso. Ernesto lo vio; dominaba todo el público; bajo el arco laureado donde flotaba su bandera prescindiendo sombra a la frente del guerrero, se apercibían sus brillantes charreteras y el cuello bordado de su uniforme.

Del mismo golpe de vista se descubría la gran figura de piedra por el boquete abierto en el bosque. ¿Y era la semejanza tan marcada como decía la gente? ¡Ay! Ernesto no la encontró así. Veía un rostro gastado por el tiempo y por la guerra, lleno de energía y revelando una voluntad de hierro; pero la dulce sabiduría, las tiernas y profundas simpatías no asomaban a las facciones del viejo *Trueno-y-Sangre*; y aun cuando la gran figura hubiese tomado aquel aire de severa autoridad, sus rasgos más dulces hubieran templado su rudeza.

—¡No es el hombre de la profecía!—se dijo Ernesto suspirando, y salió de entre la muchedumbre. —¿Será preciso que el mundo necesite esperar todavía por mucho tiempo?

Los vapores se habían condensado en los flancos de la montaña lejana, en que se veían las nobles y terribles facciones de la gran figura de piedra—facciones terribles, pero llenas de bondad. Hubiérase dicho que era un ángel sentado en medio de las colinas, vestido de nubes de púrpura y oro. Ernesto tuvo dificultad para no creer que una sonrisa brillaba en su fisonomía, aunque sus labios permanecían inmóviles. Era sin duda efecto del sol que bajaba a su ocaso, y cuyos rayos atravesaban los vapores ligeros, interpuestos entre Ernesto y el objeto que miraba. Pero como siempre, el aspecto de su prodigioso amigo le restituyó la esperanza a pesar de los desengaños pasados.

No temas nada, Ernesto—oía él en su corazón, como un murmullo de la gran figura;—no temas nada, Ernesto; ¡él vendrá!

Muchos años trascurrieron aun rápida y tranquilamente, Ernesto, que habitaba siempre el valle de su nacimiento, tocaba al punto intermedio de la vida. Imperceptiblemente había adquirido cierta reputación entre sus conciudadanos. Como antes, trabajaba para ganar el sustento, y siempre con la misma sencillez en el corazón; pero había meditado y sentido tanto, había consagrado tan crecido número de sus mejores horas a la sublime esperanza de algún bien para la humanidad, que parecía que había conversado con los ángeles, y adquirido así sin sospecharlo, parte de su sabiduría. Esto se revelaba en la discreta y apacible beneficencia de su vida cotidiana, cuyo manso río se hallaba guarnecido de risueña verdura.

No pasaba un día sin que mejorase el mundo a causa de este hombre por más humilde que fuese su vida. Nunca se apartaba de su senda, y siempre tenía algo bueno que enseñar a sus vecinos. Casi involuntariamente se había hecho un predicador. La pura y noble sencillez de su pensamiento, expuesta con frecuencia por las buenas obras que sembraba su mano en silencio, se manifestaba también en sus discursos, decía a los que lo escuchaban verdades útiles que mejoraban su conducta poco a poco. Sus oyentes no sospecharon quizá que su convecino y amigo era más que un hombre común, y Ernesto menos que todos, y sin embargo, de su boca manaban pensamientos que ninguno otro había pronunciado; con tanta naturalidad como corren las aguas de un pacífico arroyo.

Apenas se apaciguó el acaloramiento del pueblo, comprendió este el yerro que había cometido, imaginándose que la fiera fisonomía de *Trueno-y-Sangre* se parecía a la suave figura de la montaña. Pero pronto corrió la noticia, repetida por muchos periódicos, de que el retrato de la gran figura de piedra había aparecido sobre los robustos hombros de su eminente Estadista. Como Amassor y el viejo *Trueno-y-Sangre*, el hombre de Estado había nacido en el valle, pero después de haber salido de él muy pronto, se había dedicado al estudio del derecho y de la política. En vez de la fortuna del ricote y de la espada del guerrero, no poseía más que su lengua; pero esta era más poderosa que la espada y la riqueza reunidas. Su elocuencia era tan maravillosa, que fuera lo que quisiera, sus oyentes no podían prescindir de creer lo que dijera: lo injusto parecía justo, y lo justo injusto; porque cuando lo juzgaba conveniente, su palabra esclarecía las tinieblas, y oscurecía

el día. Su lengua era un verdadero instrumento mágico; tan pronto estallaba tremenda como el trueno, como producía sonidos tan suaves como los de un arpa; unas veces entonaba un cántico guerrero, y otras un himno de paz. Todas sus palabras parecía que salían del corazón, aunque no fuera así. En fin, era un hombre sorprendente; y después de haber obtenido todos los triunfos imaginables, después de haber sido escuchado en los consejos y las cortes de príncipes y potentados, después de haber adquirido celebridad en todo el mundo, como una voz que resuena en todas partes, persuadió á sus compatriotas á que lo nombraran presidente. Antes de esta época, y desde el principio de su celebridad, sus admiradores habían descubierto su semejanza con la figura de piedra, y de tal manera lo creían, que por todo el país era llamado *cara antigua de piedra*. Este mote imprimió buen carácter á sus progresos políticos, porque lo mismo que para la tierra, no se sube á la presidencia sin haber cambiado de nombre.

En tanto que sus amigos trabajaban para elevarlo á la presidencia, *antigua cara de piedra* quiso visitar su valle natal. Nuestro grande hombre no tenía más objeto que dar un apretón de manos á sus compatriotas, y lejos de preocuparse con la idea del influjo que podía ejercer su viaje, ni siquiera pensaba en su elección. Preparativos magníficos fueron hechos para recibirlo, una cabalgata salió á su encuentro hasta los límites del estado, y todos los trabajadores abandonaron sus faenas para acudir al camino por donde debía llegar. Entre ellos estaba Ernesto. Aunque defraudado, como lo hemos visto, su carácter era tan confiado, que siempre se hallaba dispuesto á creer lo bueno y lo bello. Su corazón estaba siempre abierto para recibir al bienhechor enviado por el cielo. Fué, pues, lleno de gozo á ver el retrato de la gran figura de piedra.

La cabalgata volvía ufana con tanto estrépito y tal polvareda, que la figura de la montaña había desaparecido de la vista de Ernesto. Hallábanse á caballo los principales del valle; los oficiales de la milicia con uniforme, el diputado del congreso, el gobernador civil, los periodistas, y muchos particulares con el traje de los días festivos. En verdad que el espectáculo era brillante, tanto más, cuanto que por encima del cortejo flotaban muchas banderas, entre ellas un número crecido con retratos del hombre de Estado y de la figura de piedra, sonriéndose mutuamente con fraternal familiaridad. A juzgar por las imágenes, la semejanza era prodigiosa. No olvidemos una compañía de músicos que sentían sus acentos repetidos por los ecos de las montañas. Las colinas y los valles resonaban con alegres melodías, como si todos los rincones del país hubieran hallado voces para celebrar su venida. Pero el más grandioso efecto fué el del eco que envió la montaña perpendicular, porque pareció que la misma figura de piedra repetía el cántico triunfal, como quien celebra la venida del hombre de la profecía.

Entre tanto, el pueblo arrojaba al alto sus sombreros, y gritaba con un entusiasmo tan contagioso que hirió el corazón de Ernesto. El también arrojó al aire su sombrero, y gritó con tanta fuerza como los más entusiastas: «¡Hurra por la antigua cara de piedra! ¡Hurra por el grande hombre!» Pero á todo esto aún no lo había visto.

—¡Aquí está! ¡Aquí está!—exclamaron los vecinos de Ernesto.

Mirad primero á la antigua cara de piedra, y en seguida al viejo de la montaña, ¡y ved si no parecen gemelos!

En medio de este acompañamiento, venía, tirado por cuatro caballos blancos, un carruaje abierto en que se apercebía á la antigua cara de piedra, al Estadista, con la cabeza descubierta.

—Convenid—dijo un vecino á Ernesto—en que la figura de piedra ha encontrado su semejante.

Debemos confesar que á la primera ojeada dirigida á la figura que sonreía y saludaba en el carruaje, Ernesto se imaginó que había cierta semejanza entre ella y la figura de la montaña. Su frente y las demás facciones estaban cortadas sobre un modelo más que heroico, sobre un modelo titánico. Pero el aire majestuoso y sublime, la expresión de una divina simpatía que iluminaba á la figura de la montaña, y espiritualizaba el duro granito de que estaba formada, se buscaban inútilmente en el hombre de Estado. Alguna cosa había desaparecido de su fisonomía, ó le había faltado siempre; por esa razón se observaba cierta cosa sombría y como fatigada en las órbitas profundas de sus ojos. Parecía un niño demasiado crecido para conservar sus juguetes, ó un hombre lleno de poderosas facultades que anhela un objeto frívolo, y cuya vida, á pesar de todos sus esfuerzos, es de ningún valor, porque no le ha dado ningún proyecto grande una verdadera realidad.

Entre tanto los vecinos de Ernesto le codeaban aguardando su respuesta.

—¡Confesadlo! ¿no es el verdadero retrato del viejo de la montaña?

—¡No!—respondió bruscamente Ernesto.—Yo no veo más que poco ó ningún parecido.

—¡En ese caso tanto peor para la figura de la montaña!—repitió un vecino que prorrumpió en aclamaciones en honor del grande hombre.

Ernesto se alejó triste y casi desesperado, porque era el más cruel de sus engaños el ver un hombre, que habiendo podido cumplir la profecía, no había querido hacerlo. En este intervalo, la cabalgata, las banderas, la música y el carruaje, habían pasado por delante de él, seguidos de la entusiasmada muchedumbre. Las nubes de polvo se habían disipado, y la gran figura de piedra aparecía de nuevo con el aire de nobleza que la caracterizaba tantos siglos había.

—¡Heme aquí, Ernesto!—parecía que decía su boca llena de dulzura. Más tiempo que tú he aguardado yo, y aún no estoy cansada. No temas nada, el hombre vendrá.

Los años pasaron con tal rapidez, que los unos pisaban los carcañales de los otros. Ya comenzaban estos á sembrar de canas la cabeza de Ernesto; ya trazaban arrugas venerables sobre su frente; ya abrían algunos surcos en sus mejillas. La vejez había llegado, pero no en vano; los discretos pensamientos eran más numerosos en su mente que los cabellos blancos en su cabeza; sus arrugas eran inscripciones de sabias leyendas grabadas por el tiempo, fruto de una larga experiencia. Ernesto había cesado de vivir en la oscuridad. Sin buscarla ni codiciarla había venido la fama que otros buscan con tanto anhelo; ella había llevado su reputación fuera de los límites del valle en que había pasado su tranquila vida. Profesores y ciudadanos de las ciudades populosas venían de lejos para verlo y conversar con él. Porque se había esparcido el rumor de que este sencillo labrador tenía ideas distintas de las de los demás, ideas que no había aprendido en los libros, sino bebido en más preciosas fuentes. Reinaba en él una majestad dulce y tranquila, como si hablara todos los días con los ángeles. Ernesto acogía á todos, á sabios, hombres de Estado, filántropos, con la apacible sinceridad que lo caracterizaba desde la infancia, y discurría libremente con ellos acerca de todas las cosas superficiales ó ocultas en el seno de sus corazones ó del suyo propio. Mientras duraban estos coloquios, su fisonomía se encendía sin que él lo notase, y esparcía sobre ellos un reflejo parecido á la dulce luz de la tarde. Sus huéspedes se despedían y se marchaban meditando sus sabios discursos, y cuando al remontar el valle, se paraban á contemplar la gran figura de piedra, se imaginaban que habían visto ya aquellas facciones en un rostro humano, pero no recordaban en donde.

Entre tanto, una providencia, llena de bondad, había concedido á esta tierra un nuevo poeta. Era también un hijo del valle, pero que había pasado la mayor parte de su vida lejos de su pintoresca región, derramando su armonía en medio del ruido y el tumulto de las ciudades. Sin embargo, los picos cubiertos de nieve de las montañas, que habían visto su infancia, se le representaban en su imaginación en medio de la pura atmósfera de sus poesías. Tampoco había olvidado la gran figura de piedra; el poeta la había celebrado en una oda bastante sublime para haber salido de la propia boca de esta majestuosa imagen. Bien podemos decir que el cielo había dotado á este hombre de poderosas facultades. Cuando cantaba una montaña, los ojos de los hombres descubrían sentada en su falda, ó levantándose hasta su cima una grandeza más sublime que antes. Si su tema era un lago encantador, extendía sobre su superficie una sonrisa celestial inextinguible. Si cantaba la inmensidad del Océano, sus olas parecían que se levantaban al impulso de sus versos. Apenas fijaba el poeta los ojos en algún punto del universo, tomaba éste un aspecto nuevo y más ventajoso. El Criador lo había enviado al mundo como la última y la mejor de sus obras. La creación no se había perfeccionado hasta el día en que el poeta la había interpretado, y por decirlo así completado.

No era menos gracioso ni menos bello el día en que tomaba por asunto de sus cantares á sus semejantes. El hombre ó la mujer que, cubierto de polvo cruzaba su camino y el niño que jugaba por el suelo, eran glorificados si los veía en un momento de inspiración. El revelaba entonces los anillos de oro de la cadena que los unía con los ángeles; él hacía resaltar los rasgos ocultos del origen celeste que los hacía dignos de aquel parentesco. Había individuos que creían probar la rectitud de su juicio sosteniendo que la belleza y la majestad de este mundo no existía más que en la imaginación del poeta. Pero que esos hombres no hablen más que de sí mismos; la naturaleza los ha producido sin duda con disgusto y desprecio; ella los ha fabricado una arcilla miserable. Para los demás, el ideal poeta era la misma realidad.

Los cantos del poeta habían llegado á oídos de Ernesto. El los leía después de sus tareas acostumbradas, sentado sobre el banco que había á la puerta de su cabaña, donde había descansado tanto tiempo contemplando la gran figura de piedra. Y aun ahora, después de leer algunos versos que hacían palpar su corazón, dirigía los ojos á las grandiosas facciones que irradiaban con tanta bondad sobre él.

—¡O majestuoso amigo!—murmuraba.—¿no es digno este hombre de asemejarse!

Parecía que la figura se sonreía, pero no contestaba nada.

Pues bien, parece que el poeta, aunque vivía muy lejos del valle, no sólo había oído hablar de Ernesto, sino que de tal suerte se había ocupado de él, que nada apetecía tanto como la vista de este hombre, cuya vida simple y pura estaba tan conforme como la sabiduría de sus discursos. Por eso una mañana de verano tomó camino de hierro, y por la tarde se apeó cerca de la cabaña de Ernesto. La gran posada, antiguamente palacio de Amassor, estaba cerca del embarcadero; pero el poeta, con su saco de noche en la mano, se informó de la habitación de Ernesto, decidido á ser su huésped.

Al acercarse, encontró al buen anciano ante la puerta con un libro en la mano, leía alternativamente una estrofa, y luego colocando el dedo entre las hojas, miraba con pasión la gran figura de piedra.

—Buenas tardes—dijo el poeta.—¿Podéis dar hospitalidad esta noche á un viajero?

—De buena gana—respondió Ernesto; y luego añadió sonriéndose:

«Me parece que no he visto jamás á la gran figura de piedra mirar á un extranjero con tanta benevolencia.»

El poeta se sentó en el banco junto á él, y los dos se pusieron á conversar. Muchas veces había hablado el poeta con los hombres de más talento y sabiduría, pero nunca con uno en quien brotaban los sentimientos y las ideas con tanta espontaneidad, no necesitando más

que pronunciar una palabra para dejar conocer la verdad de lo que decía. Como lo hemos repetido—y el poeta lo creía también—parecía que los ángeles habían trabajado con Ernesto en el campo, y sentándose en su hogar, viviendo con ellos íntimamente, había adquirido sus pensamientos sublimes y una dulce y sencilla manera de expresarlos.

Por su parte, Ernesto se sentía conmovido con la viveza de las imágenes del poeta, que, saliendo de su pecho, poblaban los contornos de la cabaña de bellas figuras a la vez serias y risueñas. La simpatía que existía entre estos dos hombres, les inspiraba una sabiduría profunda que no hubieran podido conocer solos. Sus inteligencias acordes producían una deliciosa armonía, que no hubiera pertenecido a ninguno de los dos, ni hubieran tampoco reconocido la parte que cada uno tenía en ella. Mutuamente se condujeron a un recinto de su alma, hasta entonces impenetrable para ambos, tan bello, que los dos deseaban vivir en él eternamente.

Al oír al poeta, Ernesto creyó que la gran figura de piedra se inclinaba para escucharlo, y fijó él sus miradas en los brillantes ojos del poeta.

—¿Quién sois vos, huésped tan ricamente dotado?—preguntó él.

El poeta colocó el dedo sobre el volumen que tenía Ernesto en la mano.

—¿Habéis leído ese libro? pues ya me conocéis..... porque yo soy su autor.

Ernesto examinó de nuevo las facciones del poeta, miró la gran figura de piedra, luego con incertidumbre a su huésped. De repente se oscureció su semblante, sacudió la cabeza y suspiró.

—¿Por qué esa tristeza?—dijo el poeta.

—Porque he esperado toda mi vida el cumplimiento de una profecía, y leyendo vuestras obras creí que se realizaría en vos.

—Esperabais—repuso el poeta sonriendo—esperabais descubrir en mí la semejanza con la gran figura de piedra, y os veis defraudado como lo habéis sido con Amassor, Trueno-y-Sangre, y Antigua cara de piedra. Sí, Ernesto, tal es mi suerte.

Añadid mi nombre a esos tres nombres ilustres, y asentad una nueva decepción. Porque, lo digo con rubor y tristeza, Ernesto, yo no soy digno de ser copia de esa dulce y majestuosa imagen.

—¿Y por qué no?—preguntó Ernesto. Y mostrando el volumen dijo:

—No son divinos estos pensamientos?

—Tienen un reflejo divino,—contestó el poeta.—En ellos podéis oír el eco de un cántico celeste. Pero mi vida no ha sido parecida a mis sueños. Yo he tenido ensueños grandiosos, que no han pasado de ensueños, porque he vivido en medio de cosas viles y bajas. Y a veces—¿me atreveré a decirlo?—me falta la fe en la grandeza, la bondad y la belleza que revelan mis versos, según dicen. ¿Por qué, pues, tú, que buscas lo bueno, lo bello y lo verdadero, creías encontrar en mí esa divina semejanza?

El poeta hablaba con tristeza, y sus ojos, como los de Ernesto, estaban humedecidos con lágrimas.

Al ponerse el sol, Ernesto debía, según su costumbre, dirigir un discurso a sus vecinos. El poeta y él se dirigieron conversando al sitio donde se celebraba la reunión. Era esta una cavidad entre dos colinas, apoyada en una roca perpendicular, cuyo árido aspecto estaba compensado por el verde follaje de una multitud de plantas enredaderas que la adornaban y suspendían sus guirnalda en todas sus sinuosidades. A unos cuantos pies del suelo, cercado de verdura, había una especie de nicho, bastante espacioso para permitir la acción que acompañaba los nobles pensamientos y una emoción sincera. A esta cátedra formada por la naturaleza subió Ernesto. Como siempre, dirigió una mirada de benevolencia y amistad a sus oyentes que estaban en pie o tendidos sobre la hierba, según querían. Los rayos del sol del Occidente venían a ellos casi horizontalmente, y confundían su templado resplandor con la sombra solemne de los añejos árboles, por cuyas ramas penetraban. En dirección distinta se veía la gran figura de piedra brillando con el mismo aire solemne y majestuoso.

Ernesto comenzó su discurso, y dijo al auditorio lo que sentía y pensaba. Sus palabras tenían poder, porque estaban acordes con sus pensamientos, y sus pensamientos eran profundos y reales, porque estaban en armonía con su vida cotidiana. No eran sólo sonidos salidos de su boca, sino palabras de vida, resumen de otra vida llena de buenas obras y de santo amor. Perlas preciosas habían sido disueltas en el licor saludable que bebían sus oyentes. A medida que escuchaba el poeta, sentía que la vida y el carácter de Ernesto eran un poema más bello que todos los que él había escrito. Sus ojos se llenaron de lágrimas; él contempló con respeto aquel hombre venerable, y se dijo a sí mismo que nunca había habido cosa tan digna de un profeta como aquel semblante lleno de dulzura, circundado de una aureola de cabellos blancos. En lejanía, pero todavía distinta é inundada por la dorada lumbre del sol que va a perderse, aparecía la gran figura de piedra, rodeada de blancos vapores, semejantes a los cabellos de Ernesto.

En este momento el rostro del orador, simpatizando con un pensamiento que iba a pronunciar, se iluminó con una grandeza tan llena de bondad, que el poeta, movido por un impulso irresistible, levantó los brazos y exclamó:

—¡Mirad! ¡mirad! Ernesto es la imagen de la gran figura de piedra! Todos los oyentes miraron, y vieron que lo que decía el inspirado poeta era verdad. La profecía se hallaba cumplida..... Pero Ernesto,

habiéndolo concluido su plática, tomó la mano del poeta, y se dirigió lentamente hacia su cabaña, esperando siempre que vendría un hombre más sabio y mejor que él, que se parecería a la gran figura de piedra.

EL ARCO IRIS

Rueda pujante tempestad bravía
A impulso de las olas y del viento,
Y de la tierra, el mar y el firmamento
Las sombras y el terror cubren la vía.

El triste al cielo su plegaria envía;
Y del Señor al poderoso acento,
El Iris aparece, y al momento
Luce el sol y renace la alegría.

Tal fuiste, Laura, tú para mi alma,
Presa infeliz de la tormenta oscura
Que engendra el huracán de las ideas;

Iris brillante, que volvió la calma
Al triste corazón con su hermosura.
Laura, por tanto bien, ¡bendita seas!

FERNANDO DÍEZ DE TEJADA.

1881.

BIBLIOGRAFÍA

PRUEBAS DE IMPRENTA

DE J. ORTEGA MUNILLA

La aparición de un buen libro en España es tan poco frecuente, que debiera entusiasmar a los amantes de las letras y tener gran resonancia en la prensa periodística. Por desgracia, no es así. Si el autor es modesto y no mendiga el bombo y el reclamo, rara vez aparece un juicio acerca de su obra en las columnas de los periódicos. Esto ocurre con el Sr. Ortega Munilla. Ha publicado un libro excelente, y ni una noticia han consagrado a tan hermosa producción mis compañeros en letras. ¡Cuándo aprenderemos a admirar! ¡Cuándo llegará el radioso tiempo en que las letras, las ciencias y las artes sean la pasión ardiente de los españoles!

Pruebas de imprenta son una colección de cuentos, artículos y biografías de autores ilustres. Hay, pues, tres géneros literarios en esta obra. Y si he de decir lo que siento, no sé cuál de los tres está más brillantemente representado en ella. No obstante, sea por mi afición al género ó porque el señor Munilla lo cultive con más amor, lo que más me encanta, sorprende y maravilla en *Pruebas de imprenta* es el cuento. Si yo declarara al autor de *Sor Lucila* príncipe del cuento, si para ello tuviera la autoridad de que carezco.

Este género literario, como es sabido, es harto difícil, y para cultivarlo se necesita una fantasía poderosa y un encantador estilo. Condiciones que reúne Ortega Munilla en alto grado, y que habrá podido apreciar todo el que haya leído algunas producciones de tan distinguido escritor.

El primer cuento se titula *El vals de Calixto*. Es una impresión, un apunte, que diría un pintor. Pero una impresión que vale más que muchos cuadros notables. ¡Qué delicadeza, qué ternura, qué lujo de color, cuánta poesía encierra! Es una página dorada que no hubiera desafiado el brillante Gustavo Becquer.

Sigue á este cuento *El organillo de la muerte*, digno *pendant* de *El vals de Calixto*. Y á continuación un tesoro de artículos ingeniosos, chispeantes y ligeros que resplandecen como el escaparate de un diamantista.

Después aparece gallarda, coqueta, bonita y elegante, en traje de brocado y oro, una novela corta: *El nido de un drama*. Este es, sin disputa, el trabajo de más importancia que hay en el volumen, por su intención, su estilo prodigioso y vivo interés.

En la serie de artículos figuran, entre otros, *Acuarelas*, *Memorias de un álamo*, *El amor en París*, *Sueño arquitectónico* y *El verano clásico y el nuevo veraneo*, en los cuales el lenguaje fulgura pulido y cincelado como una joya florentina. Y por último, las biografías de los Sres. Tamayo, Núñez de Arce y Galdós son preciosos estudios del carácter, costumbres, aficiones y obras importantes de estos eminentes literatos. Dichos estudios, más que biografías, son retratos de cuerpo entero trazados con segura mano y espléndido pincel.

Para terminar estas deshilvanadas líneas: todas las páginas de *Pruebas de imprenta* están llenas de luz y de perfumes. Y es que el Sr. Ortega Munilla escribe con una vara de nardos bañada de sol.

MANUEL REINA

(De *La Iberia*)

BOCETO

A MI BELLA PAISANA LA SEÑORITA DOÑA CARLOTA ESTEVAS Y LEÓN

Si me pierdo, que me busquen
Bajo el sol del Mediodía,
Donde nacen las morenas
Y donde la sal se cria.

(Cantar popular.)

Asoma el sol su abrasadora frente
Por el lejano Oriente
Y al derramar su lumbre,
Entre manto de nieblas rebujada
La luna avergonzada,

Se oculta paulatina tras la cumbre
De la sierra empinada y marañosa,
Cual joven pudorosa,
Que al mirarla su amante con fijeza.
Del abanico entre los sueltos pliegues
Oculta su rubor y su belleza.

Las aves con sus trinos,
Que cual ecos divinos
Repercuten los valles y cañadas;
Los soplos de la brisa, ondas calladas
A cuyo tierno halago,
Los altos trigos de la fértil vega
En breves rizos pliega,
Como las aguas de tranquilo lago;
Los extraños y múltiples colores
Que el suelo viste, como chal de gala
Que tejiera Natura con las flores;
El arroyo que tímido resbala
Entre revueltas márgenes musgosas,
Como cristal fundido
Por cauce de esmeraldas conducido;
Las aguas que desprende impetuosas
La rápida cascada,
Sobre lecho de guijos tembladores,
Remedando nerviosa carcajada;
Los vastos verdinegros olivares
Formados en hileras á lo lejos,
Que del naciente sol á los reflejos
Nos parecen fantásticos lugares,
Cruzados por extensos boulevares.
Frutíferos viñedos apreciados,
Que sus frondosas vides desparraman
Y prodigios deframan
Los pendientes racimos apretados:
Espesos naranjales,
Que casto azahar ostentan por corona
Cual púdicas vestales;
Dilatadas y fértiles praderas
Donde pacen y triscan los ganados;
Altos pinos, castaños y palmeras
Y fuentes y pastoras y poetas,
Este es el despertar dulce y hermoso
De un día esplendoroso
Bajo el ardiente sol del Mediodía!

JOSÉ M.^a ALCALDE

Marzo, 1883.

MADRID.—Establecimiento tipo-litográfico, Real, 1.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA

DE LA

BIBLIOTECA UNIVERSAL

CALLE REAL, NÚMERO 1 CUADRUPLICADO, (CHAMBERÍ)

Montada al vapor, y con arreglo á los adelantos hasta hoy conocidos

Se hacen periódicos, revistas ilustradas, membretes, estadística, circulares, tarjetas, cromos, y todo lo perteneciente á imprenta y litografía.